

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

PUNTOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestre en casa de los comisionados, y 10 rs. al mes y 51 trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs. trimestre.—En Ultramar: 90 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 53 y 40, cuarto principal de la derecha, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, Lopez, Bailly-Baillière, Cuesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

PARTE EXTRANJERA.

La impaciencia de que todos estamos dominados, no se calma en verdad con las últimas noticias que nos trasmite el telégrafo. Cuatro días hace que las tropas prusianas entraron en el Holstein, y sólo se sabe hasta ahora que el general austriaco ha protestado contra semejante acto. Prusia considera las declaraciones de Austria, respecto a la manera de resolver la cuestión de los Ducados, como una infracción del tratado de Gastein celebrado entre los Gabinetes de Viena y Berlín en 16 de Enero de 1864, es decir, antes de la guerra contra Dinamarca. La existencia de este tratado, generalmente desconocido, ha sido descubierta públicamente por el *Monitor* prusiano. Según este, las dos Potencias se comprometieron en la hipótesis de una guerra con Dinamarca a arreglar de común acuerdo los asuntos de los Ducados, y respecto a la sucesión de estos, se estableció especialmente que sería resuelta también por el acuerdo de las dos cortes de Austria y Prusia.

Como se ve, el conde de Bismark sabe tomar sus precauciones con bastante anticipación. No parece sino que antes de la guerra de Dinamarca, preveía aquel ministro las dificultades que iban a surgir, y sobre todo el descontento de Austria. Para asegurar el éxito feliz de todas sus exigencias, quiso ligar al Gobierno de Viena haciéndole firmar una promesa de no obrar espontáneamente y sin contar con Prusia. Esto es lo que se desprende de las declaraciones del *Monitor* de Berlín. Y en efecto, el conde de Bismark ha ido formulando exigencias y más exigencias, hasta dar lugar a que Austria se niegue a ellas y se vea en la precisión de acudir a la Dieta.

Buscaba el ministro del Rey Guillermo un *casus belli*? Pues entonces debe estar satisfecho de la conducta de Austria. Esperábase que el Gobierno de esta nación contestase a la invasión de Prusia en el Holstein enviando un cuerpo de ejército a la Silesia; mas nada hay que indique que el hecho se haya consumado. De todos modos, de hoy a mañana debemos esperar la noticia de algún suceso importante, porque hoy 11 era el día designado por Austria para la reunión de los Estados del Holstein. Austria no puede tomar la revancha del hecho llevado a cabo por las tropas prusianas invadiendo con las suyas el Schleswig, porque incurriría en cierta especie de contradicción, toda vez que ha resuelto someter la cuestión de los Ducados a la Dieta germanica, y por otra parte es imposible esperar la solución del acuerdo de las dos Potencias. ¿Qué hacer en este caso? Puesto que no hay manera de entenderse pacíficamente, retardar las hostilidades es prolongar la agonía. Sin embargo, aún caben algunas negociaciones acerca de la interpretación del tratado de Gastein.

Todavía hay algunos periódicos que de buena fe, u obediendo a alguna consigna de elevadas esferas, indican la posibilidad de la reunión de la Conferencia, cuyo proyecto parecía definitivamente abandonado. Fúndase para ello en el rumor de que el duque de Grammont, embajador de Francia en Viena, ha vuelto a ocupar su puesto en esta última corte, y ha entregado al Emperador Francisco José una carta de su Soberano. Según la *Independencia belga*, el duque no ha llevado carta alguna, y sólo si el encargo de manifestar cuánto pesar ha causado a Napoleón que haya fracasado su proyecto de Conferencia; pero algunas correspondencias aseguran que el duque de Grammont ha entregado, en efecto, al Emperador de Austria una carta de Napoleón III; y que Francisco José, repitiendo sus reservas sobre las cuestiones que iban a someterse a la Conferencia europea, se ha manifestado dispuesto a aceptar toda combinación que, manteniendo la paz de Europa, no comprometa la dignidad y el poder del Imperio austriaco.

¿Puede hablarse todavía en serio de arreglos pacíficos? Después de todo, el regreso del embajador francés a Viena tiene una explicación muy sencilla en la gravedad de las circunstancias.

Se anuncia que el Gabinete francés va a explicar ante el Cuerpo legislativo las causas que han hecho fracasar el Congreso europeo y a fijar la actitud de la Francia ante la próxima guerra. Entretanto, en una nota que ha dirigido a todas las legaciones declara que por hoy es neutral, y escita a las Potencias no beligerantes a que contribuyan a localizar la guerra y hacerla lo más corta posible.

Esto es de que se localice la guerra, es decir, que se reduzca a la lucha entre Austria y Prusia y el REINO DE ITALIA nos parece más posible que la solución pacífica; pero nada más que más posible, y para esto sería preciso que algunas de las Potencias neutrales tomase una actitud enérgica que hiciera entrar a Francia en ciertas con-

sideraciones. Y ya que hablamos de esto, aunque sin más antecedentes que la noticia de un periódico, debemos hacernos cargo de un rumor que es por lo menos muy curioso.

Parece que el Gobierno ruso ha interceptado una importantísima correspondencia, cifrada, respecto a la guerra, a la alteración futura del mapa político europeo y al mañana que todos temen. Dícese que el Czar ha hecho dar cuenta de los planes de los que no son pacíficos a los que se adormecen al arrullo de quiméricas esperanzas.

Según varias correspondencias, no es el temor de dar la señal de guerra lo que detiene a los italianos, sino el no estar completos los armamentos indispensables.

DESPATCHOS TELEGRÁFICOS.

LONDRES, 3.—Mr. Layard, contestando a una pregunta de Mr. Griffith, ha dicho que nada sabía el Gobierno acerca de la entrada de los turcos en los Principados Danubianos.

La discusión del bill de reforma ha sido aplazada hasta el lunes.

BUCHAREST, 3.—El Gobierno ruso recibió con benevolencia a la diputación moldo-valaca.

KIEL, 3.—El general Manteuffel, comisario prusiano, hizo al general Gablenz, comisario austriaco, la proposición de restablecer, de conformidad con otro, el gobierno en común de los Ducados.

FLORENCIA, 3.—Cartas de Venecia dicen que los austriacos toman medidas para disputar el terreno hasta el último extremo, y en caso de retirarse no dejar a los vencedores eventuales más que ruinas.

HAMBURG, 3.—Al penetrar en el Holstein las tropas prusianas, el general Manteuffel, jefe de ellas, después de su proclama a los habitantes de los Ducados, ha dirigido al general Gablenz, jefe de las fuerzas austriacas, un despacho en que manifiesta que por consecuencia de la declaración de Austria en la Dieta y de la convocatoria de los Estados del Holstein, la situación de las cosas volvía a la que tenían antes de celebrarse la convención de Gastein.

El general Manteuffel, añade en el mismo despacho que no tiene intención de dirigirse a los puntos ocupados por los austriacos, y que hasta que reciba órdenes e instrucciones del Rey evitará lo posible cualquier trastorno, absteniéndose también de inmiscuirse en las funciones del gobierno civil que residen en el comisario de la Confederación; porque a pesar de todo, confía en que los dos Soberanos de Austria y Prusia lograrán entenderse pacíficamente y evitarán de este modo la guerra.

BERLIN, 9.—Las fuerzas prusianas han evacuado la fortaleza federal de Rastadt, siendo reemplazadas por las de Baden. Las primeras han penetrado ya de regreso en territorio prusiano.

El nuevo cuerpo de ejército prusiano, cuya formación se ha ordenado, se concentrará en Wetlar, a donde han marchado ya algunos jefes y oficiales.

PARIS, 9.—El Memorial Diplomático dice que Austria consideraría como *casus belli* el que las tropas prusianas no recibiesen orden de salir de los Ducados ante la reunión de los Estados.

La Gaceta de Viena dice que la entrada de los prusianos en el Holstein es un hecho sumamente grave, y que se debe agradecer a las autoridades austriacas el que no haya ocurrido todavía un conflicto sangriento, cuyas consecuencias son incalculables.

PARIS, 9.—Los fondos franceses se han cotizado hoy con algún aumento, cerrando el 3 a 63.10 y el 1 1/2 a 91.75.

LONDRES, 3.—Los consolidados ingleses han quedado hoy en la Bolsa de 86.7 1/8 a 87.

FRANCOFURTO, 9.—La Dieta ha votado hoy por unanimidad la retirada de las tropas austriacas y prusianas de las fortalezas de Maguncia, Rastadt y Francfort.

El representante de Prusia ha declarado que el conflicto ocurrido en los Ducados dano-alemanes era de imposible arreglo si no se adoptaban las reformas que había propuesto, pidiendo que estas se discutiesen inmediatamente.

El representante de Austria protestó contra tal pretensión.

MUNICH, 10.—Se aumenta aquí la agitación contra Prusia.

El partido ultramontano desea la guerra con dicha Potencia.

BERLIN, 10.—El presidente del Consejo de ministros, Mr. de Bismark, ha dado una circular el día 4, echando toda la responsabilidad de los sucesos que puedan ocurrir sobre Austria, a quien acusa de estar

resuelta a luchar, con objeto de vencer las dificultades interiores y financieras que le aquejan, por medio de contribuciones impuestas a Prusia, ó para tener excusas honrosas con que explicar la bancarota de que se ve amenazada.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID 11 DE JUNIO DE 1866.

REVISTA POLITICA DE LA SEMANA.

La guerra: he aquí la gran palabra de nuestros días.

Parece que todo el conjunto de esas manos ocultas que se llaman circunstancias, se ha condensado hoy para dar a esta palabra más vigor más significación y más oportunidad que nunca.

La guerra! Es un grito que sale de todos los labios; es una idea que bulle en todas las inteligencias, es un acto que empieza a ser en todas las manos.

Las fuerzas que constituyen la esencia de ese grito, de esa idea y de ese acto hallábanse desparatadas por el mundo; pero hoy se conciertan y se agrupan en determinados lugares para producir el resultado inevitable: la guerra.

Como la chispa es resultado inevitable de las fuerzas unidas del eslabon y la piedra.

Como estalla el trueno con el rozamiento eléctrico de las nubes.

Tres son las ventanas por donde tiene que arrojarse el sangriento monstruo de la guerra. Una de las ventanas está ya abierta.

La otra comienza a abrirse.

La tercera no se cierra nunca.

O para decirlo con más claridad:

La primera es el Pacífico.

La segunda Italia.

La tercera es nuestra casa: España.

Por estas tres ventanas se ven tres guerras.

Guerra marítima, guerra terrestre y guerra anfibia.

O lo que es igual: guerra de gigantes, guerra de Imperios y guerra de Mercedantes.

Examinémoslas separadamente.

El mar Pacífico se sonrió de su propio nombre, al verse convertido en un mar de sangre.

La paz de aquellas aguas se ha alterado al estampido del cañon.

Los gigantes han sacudido sus miembros y han temblado los monstruos del mar.

Dícese que los nombres escritos en el agua se borran instantáneamente.

Falso: al cabo de los siglos las aguas del Océano han reproducido sobre su superficie los nombres de Hernán-Cortés y de Pizarro.

El nombre de Churrucá está escrito también sobre el agua y no se borrará jamás.

Cuando nuestros nietos surquen las ondas que bañan el Callao, verán trazado en la espuma el nombre de Méndez Núñez.

Y es que son eternos los nombres escritos por el dedo de la gloria.

¿Pero qué significa la guerra del Pacífico?

Casi nada; para aquel puñado de héroes, el cumplimiento de un deber: para los extranjeros, significa que el valor suplía siempre la escasez de recursos; para nosotros los españoles, significa una hazaña más.

Y a los que en su historia tienen tantas que contar, una hazaña más no les sorprende nunca.

Guerra de gigantes! Ciertamente: lo menos es luchar con los hombres: lo horrible es sentir el sacudimiento de la tempestad y no hallar un puerto amigo donde refugiarse, no ver en torno de sí más que la inmensa soledad del Océano.

Y qué soledad!... Dentro de poco tal vez allí reine la soledad de los sepulcros.

Los cadáveres de aquellos valientes irán a perderse en el profundo seno de las aguas.

La patria no podrá conservar sus restos venerados para mostrarlos a las generaciones futuras.

Por dicha, en el corazón de los buenos se levanta siempre un monumento imperecedero a la memoria de los héroes.

Miremos por la segunda ventana.

Hemos dicho que estaba a punto de abrirse; pero por las grietas se ve el hermoso campo de Italia.

Italia! madre de los grandes artistas y de los grandes Pontífices.... ¡también eres madre de Víctor Manuel y de Mazzini!

Allí los mejores pinceles, las mejores voces, las mejores plumas.

Allí también ¡qué contraste! las mejores garras y los mejores puñales.

Italia! tú vas a presenciar la tremenda guerra de imperantes.

La ambición, la codicia, la rebeldía van a alzarse, como siempre, contra el derecho.

El derecho espera a sus enemigos recostado en las sagradas paredes del Vaticano.

¿Pero qué vamos a ver en esa guerra de Soberanos? Lo que ya hemos visto mil veces; que la verdad es invencible.

Puede ser humillada, sin duda alguna; pero la verdad ya sabe cuántos pasos hay desde las catacumbas hasta el Sólito.

También sabe que la sangre de los mártires tiene una virtud prodigiosa.

De cada gota nace un cristiano.

Los reyes pueden en Italia disputarse un palmo de terreno.

La verdad, que está sobre los reyes, va a disputar a todos el dominio del mundo.

Esperemos el principio de esta guerra; el fin, mas próximo ó mas lejano, lo hemos adivinado ya. *Porta inferi non prevalebunt adversus eam.*

¿Pero y la tercera guerra?

Casi valiera más no mencionarla, porque es un dolor vernos privados de hablar de cosas tan pequeñas.

¿Como que tenemos que nombrar a la Unión liberal!

Guerra anfibia hemos llamado a la que existe en nuestra propia casa.

¿Anfibia! ¿y quien duda que lo es?

Id contemplando uno por uno a todos los que toman parte en esa guerra doméstica.

¿Qué decís al verlos? Esta frase natural: ¡qué peces!

Volvedlos al revés, y se os escapará esta otra frase: ¡qué lagartos!

Y si los examináis más despacio, de seguro que exclamáis horrorizados: ¡cocodrilos!

¿Puede haber una guerra más anfibia?

Se nos olvidaba que la hemos llamado también guerra de mercedantes políticos.

Retiramos la palabra, porque no necesita explicación ni demostración.

También retiramos el propósito de nombrar a la Unión liberal.

Lo que no podemos menos de recordar, es la guerra de nuestros hermanos en el Pacífico, para compararla con esta otra guerra, en que estamos aquí empeñados.

Entre una y otra, la semejanza es exactísima.

Allá, nuestros hermanos combatiendo por salvar el honor de España.

Aquí, nosotros forcejeando por ahogarle.

Allá, vierten su sangre por la patria.

Aquí, sangramos a la patria.

Aquellos agonizan por ella.

Nosotros la hacemos agonizar.

Mas en lo que realmente nos parecemos mucho, es en lo siguiente: aquellos no encuentran un puerto para librarse de las tormentas. Nosotros no le hallamos tampoco para librarnos de la Unión liberal.

P. D. Si las tres guerras que hemos indicado parecieren excesivas, allá van para consuelo estas palabras del general O'Donnell: *nuestra independencia se halla hoy tan amenazada como en 1808.*

En el numero de hoy pueden ver nuestros lectores el discurso del señor conde de San Luis contra el proyecto famoso de las autorizaciones pedidas por el ministerio. Qué impresion causa en los ánimos desapasionados y rectos la lectura de este nuevo documento parlamentario, no es difícil adivinarlo: por nuestra parte vamos a decir sencillamente el juicio que hemos formado del orador moderado.

En el conde de San Luis, representante genuino del antiguo partido moderado, como en todas las cabezas principales de esta bandería, hay que considerar dos cosas: el ataque y la defensa. En el ataque suelen lucir ingenio vigoroso, y hasta verdadera elocuencia. Así mirado el orador a que aludimos, frente a frente de la Unión liberal, dirigiéndose en particular al general O'Donnell, es una figura notable, como si dijéramos, una sombra aterradora y hasta sublime que persigue a su adversario sin trégua, haciéndole oír todo linaje de cargos, dirigidos en todos los tonos imaginables, animados con recuerdos mortales, con imágenes elocuentes, con un género de erudición especial que da no poco realce al discurso. El conde de San Luis es imitable en este punto: no satisfecho con dejar sin respuesta a su contrario, aprovechase hasta del silencio a que le reduce, por el cual le dirige nuevos cargos, culpándole no ya de que no responde, ó de que remite a la historia su respuesta, diciendo que ella nos juzgará a todos, sino de ser su causa tan mala, que no hay por lo visto, términos de dar otra respuesta que el silencio.

Bien persuadido debió sentirse el jefe moderado del incontrastable rigor de sus ataques, cuando los puso término diciendo: «He concluido con el duque de Tetuan.»

Muy bien: había concluido, en efecto, con el

general O'Donnell si hace tiempo, el general O'Donnell no hubiera concluido consigo mismo, mostrando al mundo en su persona el político más infeliz que vieron nacidos, y nacidos en un siglo que ha dado mayor número de calabazas políticas que todos los siglos juntos. Hasta aquí el señor conde de San Luis tiene cierto derecho a la admiración de los suyos: su elocuencia es no ya solo una espada que hiere a su enemigo, sino un cuchillo que lo remata. Bien puede decir siempre que ponga término a sus discursos contra el general O'Donnell las palabras mismas con que terminaba el del sábado último: «He concluido con el duque de Tetuan.»

Pero, vamos a la defensa, y no ya a la que podría materialmente hacerse de la política seguida por el conde de San Luis siendo ministro, que esa defensa es imposible, absurda, sino a la del sistema moderado, preconizado por el orador anti-unionista. En este punto, ¡qué débil, qué pobre, qué pígameo nos parece el conde de San Luis! ¡cuánto decae su pensamiento y su palabra! ¡cuán torpemente busca en la lisonja de falsos sentimientos una popularidad artificial y deleznable!

Impugnando el conde de San Luis los proyectos del ministerio, decía: «En esos proyectos está todo lo que es el vicalvarismo. Está la contradicción, está la hipocresía, está la amenaza, está la fuerza, y está el error porque con todas esas medidas y a pesar de ellas no tendréis fuerza moral mientras no tengáis doctrinas.»

Muy bien dicho, repetimos. Pero no hasta señalar el vacío de conceptos (mayor si es posible que de dinero) que alige a la Unión liberal: es preciso que este vacío pueda llenarlo el orador político que le señala. La falta pide remedio. ¿Y cuál es la doctrina medicinal del doctrinarismo, que tan atrasado es impenitente se muestra en labios del conde de San Luis? Hé aquí el flaco de su discurso, el signo infalible de la impotencia de este y de los demás doctores liberales moderados que prometen al país nada menos que la salud misma que le han quitado, y justamente con los mismos mortales medicamentos que le han puesto al borde del sepulcro.

El Pueblo, diario democrático, se ha hecho cargo en su número del sábado del artículo que el día anterior publicamos con el título de *Tres calamidades*. Según este periódico, ni EL PENSAMIENTO ESPAÑOL yerra en la pintura que hace del hambre, peste y guerra que nos amenazan, ni en «la designación que hace de los grandes pecadores, responsables de los males con que la invisible mano de la Providencia castiga a las naciones.»

El Pueblo llega hasta a decir que hablamos en serio y muy juiciosamente cuando decimos que las calamidades públicas tienen que ser hoy terribles, porque nunca los Gobiernos han cometido mayores crímenes que en la época presente. El Pueblo se consuela como nosotros con la idea de que: *Dios ha hecho sanables las naciones*, y con que así como los males que el Señor envía a los hombres son ordenados a mejorar nuestra vida y costumbres, de la misma manera las calamidades públicas, al propio tiempo que pena de pecados, son remedio de las sociedades, cauterio de las naciones.

Y prosigue en estos términos:

«Dejamos apuntada en resumen la parte seria y juiciosa del artículo de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, y declaramos imparcialmente que, hasta aquí, estamos conformes con los razonamientos del colega. Criminales declara EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, y nosotros también, a los Gobiernos que por sus despilfarros y mala administración han traído a las naciones a un estado extremo de escasez, precursor del hambre; que han hecho difíciles y hasta casi imposibles las transacciones mercantiles, el desarrollo de la agricultura, la actividad de la industria y el sostenimiento del crédito público y particular, que hoy es nulo en España, donde se ha perdido la confianza y se ha ocultado ó perdido el capital.»

Criminales son aquellos Gobiernos que se obstinan en contrariar las legítimas aspiraciones de los pueblos, desatendiendo ó despreciando las reclamaciones de leyes políticas y económicas, necesarias para la vida moral y material de las naciones. que de mil maneras distintas les dirige diariamente la opinión pública; porque la resistencia de los Gobiernos a satisfacer las necesidades de los pueblos que gobiernan no puede producir otra cosa que graves choques entre los elementos encontrados, horribles tempestades que engendren el rayo que puede un día caer airado sobre los comprimidos combustibles que se hacían en las entrañas de la sociedad.

Verdad es lo que para consuelo nuestro dice EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, que *Dios ha hecho sanables las naciones*, y que las calamidades públicas son remedio de las sociedades y cauterio de las naciones; no perdemos nosotros la esperanza de que nuestra nación sane pronto de los males que hoy la consumen y aniquilan.

La nación española, sanará, si, de los terribles males que hoy la atormentan.

Ya con esto dejamos demostrado á El Pensamiento Español, que somos leales contrarios, toda vez que le hemos dado la razón en lo que hallamos razonable en su artículo, y aceptamos de buen grado sus serios argumentos; pero lo decimos con sinceridad, sentimos ver al diario neo-católico, divagar al final de su discurso, de la misma manera que un desgraciado demente á quien se considera lleno de juicio en un intervalo de lúcida razón, se le viera de repente volver al frenesí de su demencia.

¿Y por qué cree El Pueblo que divagamos al final de nuestro artículo? ¿Por qué nos compara al demente que goce de lúcidos intervalos?

¡Ah! El Pensamiento Español ha tenido la gran locura de hacerse el siguiente raciocinio, que parece ajustado á todas las reglas de la dialéctica:—nos amenazan tres grandes calamidades públicas, las calamidades públicas son castigo de los pecados públicos, ó sea, de los delitos de que los gobiernos son autores ó cómplices; luego los gobiernos deben arrepentirse de haber distinguido y proponerse firmemente la enmienda. Dios envía calamidades á una nación no solo como castigo, sino como remedio de sus culpas: para que el castigo se convierta en remedio, y la amenaza no llegue á ser azote es preciso humillarse ante la divina Providencia y suplicar al Señor que se apiade de nosotros: la humillación y la oración ha de ser pública, como público ha sido el delito, que reclama el castigo: luego debemos hacer rogativas públicas.

Las premisas son ciertas; lo reconoce El Pueblo: serán, pues, locura las consecuencias rectamente deducidas de dichas premisas?

Sea lógico el diario democrático, ya que en tantas otras partes de su artículo da pruebas de haber pensado con sensatez. Acabe de entrar en el buen camino, y al poner pie en el no retroceda asustado. Encarecidamente se lo rogamus.

El Pueblo no niega la eficacia de la oración, ¿por qué, pues, la oración no ha de ser pública? ¿Y qué es la oración del culpable desnuda de arrepentimiento; si no vano ruido de palabras, ó más bien, insulto á la Divina Majestad? Será, pues, locura pedir que Gobiernos pecadores públicos oren públicamente, públicamente arrepentidos?

Una vez admitidas nuestras premisas, en lo único que El Pueblo puede discrepar de nosotros, es en la calificación de ciertos hechos concretos y determinados que El Pensamiento llamará delitos apoyados en los sanos principios del derecho natural, y El Pueblo no, en esbozo estrabará nuestra perpétua disidencia con la democracia; pero si admite delitos sociales, en general, tiene que admitir con nosotros expiación social, oración social, y arrepentimiento social; ó lo que es lo mismo, calamidades públicas, rogativas públicas y mudanza de conducta en el Gobierno con la debida reparación de públicas agravias.

No dudamos de que El Pueblo nos ha de dar la razón en el fondo de su conciencia, y aun no sería mucho esperar de su nobleza que nos la dé también en sus mismas columnas.

Cómo explican el Evangelio los furiseros de la nueva ley.

Tal es el título con que La Iberia encabeza un artículo religioso-político.

Son tantas y tales las manifestadas herejías del diario progresista, que al leer su escrito, dudábamos si la católica España había cambiado este antiguo y verdadero timbre por el oprobioso nombre de España protestante: dudábamos si nuestras leyes han llegado á ser viejas leyendas, dignas tan solo del respecto de las gentes sencillas; dudábamos, en fin, si los dogmas religiosos han pasado á la categoría de proyectos dictatoriales, cuando con tan poco respeto de ellos se trata. Una vez más nos hemos convencido de que la Unión liberal es la decidida protectora de la revolución, de la verdadera revolución que comienza en las ideas y concluye en la anarquía social; revolución que no se vence con las armas, cuando la fe y la verdadera ciencia han sido violadas por el impío indiferentismo.

La religión de España es el Catolicismo, y mientras conservemos el precioso tesoro de la unidad religiosa, no pasaremos en silencio los violentos ataques que á la unidad se dirigen, ni cesaremos jamás de recordar al Gobierno y al fiscal de imprenta, la indeclinable obligación de aplicar la ley en toda su plenitud, á los neo-protestantes de nuestra patria.

El diario progresista La Iberia y con él todos los mantenedores del liberalismo, parece que se han dado en las circunstancias actuales la contraseña para un rudo ataque al Catolicismo, escudados bajo el manto de cristianos.

Con profundo sentimiento y hondo pesar estamos presenciando tan triste y lamentable ataque; con sincera compasión nos condolíamos del diario progresista al terminar la lectura del citado artículo: ¡veíamos tantos errores envueltos en tan crasa ignorancia!

Empieza el diario progresista preguntando si se cumplen los preceptos del Decálogo, y sobre todo, los dos preceptos, que son el resumen de los diez mandamientos.

Si no directa, indirectamente al menos, confiesa que no, y deduce de aquí que la ley civil no se cuida del amor al prójimo, ni del amor á Dios: que la ley política descansa en la arbitrariedad y el despotismo; que la sociedad, en vez de cumplir el precepto, no matarás, sanciona sus leyes con la cuchilla y el verdugo, y que cierta clase conserva la riqueza, la propiedad, el saber, el derecho, y el poder de la soberanía, olvidando á Dios sus sectarios para reverenciar

con idolatría á millones de imágenes y santos cuyo culto se ha decretado.

No sabemos qué debe espantarnos más, si el cinismo de los liberales ó la falta de lógica, con que discuten y exponen sus doctrinas; hablan á las muchedumbres, y en vez de fundamentos científicos, no se cansan de alimentarlas con vanas enseñanzas.

¿Por qué atacais el Catolicismo, tomando los defectos de los pseudo-católicos, por defectos de la Religión?

¿Por qué culpáis al Catolicismo, de los males que son obra vuestra?

¿Quién sino vosotros ha separado la ley civil de la moral, vosotros los que aplaudís al racionalismo, ó sea, el protestantismo desmembrado?

¿Quién ha fundado la ley política sobre la arbitrariedad, sino el liberalismo, torpe enemigo del principio de autoridad?

¿Quién sino vosotros ha hecho del hacha del verdugo una palanca de gobierno?

¿Quién sino vosotros, serviles adoradores de magnates populares, ha llevado la idolatría al seno del sencillo pueblo? ¿quién sino el liberalismo ha colocado en sus altares falsos dioses y virgenes prostituidas?

¡Ah! señor fiscal.... señor fiscal, ¿por ventura los Santos y las Virgenes, no están en los altares escudados por un dogma? ¿Y no habeis visto ridiculizado este dogma?

Haciendo caso omiso de otras muchas reflexiones que el diario progresista hace sobre el Evangelio y los primeros siglos del Cristianismo, tocamos en el final de un artículo con el protestantismo puro.

Nosotros preguntamos al Gobierno de S. M. católica, al señor ministro de la Gobernación y en especial al señor fiscal de imprenta: ¿que leyes existen en materia religiosa? Si son católicas, ¿por qué no se cumplen?

Sólo en la libertad de la razón humana educada, puede fundarse el orden moral, como el político y el religioso; hé aquí las palabras textuales de La Iberia, que nosotros entregamos á la conciencia del señor fiscal.

No se crea por esto que carecemos de razones para combatir al protestantismo.

Ya los ilustres autores de esa inmensa y respetable serie de modernos apologistas han pulverizado al racionalismo, y sobre todo nuestro ilustre filósofo D. Jaime Balmes.

Podríamos extendernos en largas consideraciones sobre este punto, tanto científicas como legales; pero los declamadores de oficio no oyen más que los ecos de sus impiedades, y desdeñan la filosofía, olvidan la historia y violan las leyes.

Cuando el protestantismo está cubierto con un paño negro en Europa, de que le ha vestido en parte el protestante Guizot, La Iberia le defiende; hé ahí el progreso del liberalismo español: recoger el polvo de las viejas herejías, para lanzarlo al viento con in experta mano.

Ayer, según nos anuncia La Correspondencia, se celebró en el teatro de la Zarzuela la solemne abjudicación de premios á las tres mejores composiciones dedicadas á la Abolición de la esclavitud. El templo de la solemnidad era un teatro, las composiciones fueron leídas por un actor, el público en su mayor parte se componía de señoras con sus correspondientes ramitos, el Sr. Castelar sucedió en el palco escénico al Sr. Rodríguez; las paredes estaban adornadas con los nombres de Lincoln, Argüelles, Orense, Alcocer y Bolívar y el asunto de que se trataba era nada menos que la abolición de la esclavitud. ¡Parece mentira! Pero no mentira pareceria si la sociedad de que se trata no fuera la expresión genuina de nuestra jóven democracia.

Tenemos á la vista una carta del país que nuestros modernos filántropos quieren regenerar, y en ella se lamentan con desconsoladora verdad del estado religioso en que se encuentran aquellos desventurados habitantes. Allí se considera casi como deshonor el cumplir con el precepto de la Misa, hasta el punto de llamar la atención el que un funcionario público y de la magistratura trate de cumplir estos tan santos y tan sagrados deberes. Hablar de confesión entre aquellas desgraciadas gentes es cosa inaudita y por atrevida, digna de sufrir la enemistad de toda persona bien educada. Claro es que en una sociedad donde se olvidan tales principios religiosos la moralidad andará por las nubes; y cosas acerca de ella nos dice el autor de la carta á que nos referimos, que por escandalosas hasta el cinismo y por cínicas hasta la monstruosidad, creemos que al insertarlas mancharíamos las columnas de nuestro periódico.

La Tribuna de Nueva-York publica la siguiente breve pero interesante carta que da á conocer los medios á que recurren nuestros enemigos: PANAMA, 12 de Mayo de 1866.—Varios proyectos, nada legítimos por cierto, se han formado para la derrota y probable destrucción de la flota española. El ingeniero americano Mr. Lay, el cual construyó la máquina con que el teniente Cushing destruyó el Albatros, propuso secretamente volar los buques españoles con petardos que él había construido, según contrato, para el Gobierno del Perú. Como ya por este tiempo debe haber vencido ó fracasado, no hay peligro en dar publicidad á ese hecho. A llevarse efectivamente á cabo su plan, Mr. Lay acompañaría los botes que debían atacar á la Numancia, mientras que los otros botes estarían á cargo de algunos aventureros que solo esperan una oportunidad para hacer ó romper. Se me ha notificado además que se habían colocado petardos en el canal por donde se creía que debían pasar los buques españoles.

Acercas del suministro de víveres y efectos de nuestra escuadra, dice La Correspondencia: Hace ocho días que el Gobierno acordó enviar al Pacífico cuantos recursos en buques, hombres

ligiosos se puede de hecho infringir impunemente la ley; ejemplo de ello tiene el diario democrático en sus mismas columnas y en las de La Iberia. La respuesta de La Discusión es una evasiva. Pero si por contestar á El Pensamiento ha de seguir olvidando á la religión, esta confesión nos basta para que nuestros lectores comprendan qué principios son esos que no pueden sostenerse sin atacar el dogma católico.

El señor conde de San Luis preguntaba al duque de Tetuan, por qué pasaba uno y otro día sin presentar un ministro de Hacienda en el banco azul.

¡Estraña pregunta! Nosotros creemos que antes que ministro la Unión liberal tiene que presentarnos hacienda.

Un diario ministerial se extraña de que todos los periódicos hayan puesto el grito en el cielo, porque en Zaragoza se ha obligado á usar forzadamente los billetes del Banco de aquella localidad, aunque el diario vicalvarista no habla más que de limitación en el cambio.

Dice que no debe causar asombro esta medida dictada por el capitán general que, durante el estado de sitio asume en sí todas las facultades del Gobierno.

Con que también los capitanes generales pueden descolgarse con una ley cualquiera administrativa ó económica ó, aunque sea, reglamentaria, de instrucción pública por ejemplo?

Pues no sabíamos lo que teníamos en casa con los capitanes generales en estado de sitio: sin duda que son pozos de ciencia estos señores cuando entienden lo mismo la ordenanza que el Código de comercio, y así saben acometer una batería como destruir una crisis mercantil.

El día menos pensado sale un capitán general declarando que los adoquines son barras de oro en su distrito y lo convierten en Jauja.

Interin no llega la mala del Pacífico, que se espera en Southampton el miércoles ó jueves, continuamos sin noticias positivas de aquellos remotos países. Un periódico culpa por ello á nuestros representantes en el extranjero, mas nosotros no sabemos hasta qué punto puede esto decirse, porque la falta de noticias parte precisamente del Callao, donde no hay quien represente á España sino Mendez Nuñez.

Dase por cierta la destrucción del Callao por nuestra escuadra el día 3 de Mayo: esta noticia es cuando menos verosímil.

La Crónica de Nueva-York, diario favorable á España, que acaba de llegar á Madrid, trae las siguientes noticias:

Una carta de Panamá anuncia la posibilidad de que algunos buques de nuestra escuadra hayan ido á atacar á Guayaquil, y en ella se dice también que el Callao será combatido nuevamente. El conducto es de veracidad reconocida; y como nos consta que el ataque del día 2 de Mayo se hizo con alarde puramente militar, no como acción de conveniencia ó de castigo, pudiendo para este último efecto haberse colocado las fragatas españolas en menos peligrosa situación hacia la bahía de Bella-Vista, y habiendo tomado la línea del Oeste para demostrar que los españoles no querían eludir el fragor de la pelea, creemos que, en efecto, el segundo ataque del Callao no se haría esperar mucho al primero.

Una correspondencia de Panamá dice que la Villa de Madrid no ha sufrido tan grandes avarias como se ha supuesto, pues sólo perdió uno de los tubos de la caldera, y que la Berenguela había recibido un balazo que daba entrada á gran cantidad de agua que se logró achicar pronto, cegando también el agujero del proyectil.

Los periódicos vienen llenos de absurdas cifras, y uno de Panamá, tan imparcial como puede suponerse, evalúa en 500 muertos las pérdidas de los españoles; pero como dice un corresponsal de La Tribuna, lo mismo pudo decir 5, 50 ó 5,000, porque de pérdidas personales no se sabe absolutamente nada.

Una carta de este último periódico dice que los chilenos están muy descontentos de su Gobierno, á quien acusan de tibieza y de incapacidad en la gestión de los asuntos de la guerra. Dicen que el presidente es débil y que verían con gusto al general Varas al frente del poder.

Chile está completamente exhausto de recursos, y los periódicos aconsejan, bien un empréstito popular ó uno forzoso, porque la confiscación de los bienes de los españoles es un exiguo recurso en las circunstancias por que atraviesa aquella República.

La Tribuna de Nueva-York publica la siguiente breve pero interesante carta que da á conocer los medios á que recurren nuestros enemigos:

PANAMA, 12 de Mayo de 1866.—Varios proyectos, nada legítimos por cierto, se han formado para la derrota y probable destrucción de la flota española. El ingeniero americano Mr. Lay, el cual construyó la máquina con que el teniente Cushing destruyó el Albatros, propuso secretamente volar los buques españoles con petardos que él había construido, según contrato, para el Gobierno del Perú. Como ya por este tiempo debe haber vencido ó fracasado, no hay peligro en dar publicidad á ese hecho. A llevarse efectivamente á cabo su plan, Mr. Lay acompañaría los botes que debían atacar á la Numancia, mientras que los otros botes estarían á cargo de algunos aventureros que solo esperan una oportunidad para hacer ó romper. Se me ha notificado además que se habían colocado petardos en el canal por donde se creía que debían pasar los buques españoles.

Acercas del suministro de víveres y efectos de nuestra escuadra, dice La Correspondencia: Hace ocho días que el Gobierno acordó enviar al Pacífico cuantos recursos en buques, hombres

y pertrechos pudieran ser necesarios, si es que así lo indicaban las partes del Sr. Mendez Nuñez que se están aguardando. Es, pues, ociosa, por más que reconozcamos el patriotismo que la decida, la excitación que hace la prensa progresista en aquel sentido. Lo que esta pide hoy, hace días que lo tenía pensado el ministerio.

Dicen los periódicos de Londres, que el cólera-morbo ha desaparecido de Liverpool.

Vuelve á decirse que no terminará la discusión del proyecto de autorizaciones en el Congreso, sin que el presidente de la Cámara tome parte en los debates.

Parece que las direcciones de correos y telégrafos se refundirán en una, según dice El Contribuyente.

La proposición del Sr. Calonge leída el sábado en el Senado dice así: Ruego al Senado se sirva declarar, que al expedirse la Real orden de 20 de Mayo de este año, concediendo ingreso en el cuerpo de Estado mayor del ejército, á un jefe que servía en el de Estado mayor de plazas, se ha infringido el artículo 20 del reglamento orgánico de este último.

El jueves salió de Granada para su acantonamiento en Baza el regimiento caballería de España.

El jueves vuelve la corte á Madrid. Saldrá de Aranjuez á la seis de la tarde.

Escríben de París que se esperaba en aquella capital á la Reina Cristina, de paso para los baños de Vichy.

La France confirma la noticia. El Rey de los belgas va á pasar también una temporada en Vichy durante la estancia allí del Emperador Napoleón.

En la sesión de esta noche, y á las de la orden del día, apoyará el Sr. Bertran su proposición de ley sobre compañías de crédito territorial.

Todos los ministros, excepto el Sr. Cánovas del Castillo, que ha quedado en Madrid, estuvieron ayer en el Real Sitio de Aranjuez.

Hoy celebra sesión el Senado, y se reunió en el mismo cuerpo la comisión de peticiones.

Esta tarde se reúne en el Congreso la comisión nombrada para dar su dictamen acerca del proyecto de ley de enseñanza agrícola.

Ayer tarde se reunió en el Congreso la comisión general de presupuestos, con asistencia del Sr. Cánovas del Castillo. Trató la comisión del presupuesto de ingresos en lo relativo á Ultramar, y tomó parte en la discusión el señor ministro. Esta reunión ha impedido al Sr. Cánovas ir al Real sitio de Aranjuez con sus compañeros.

Ayer fueron denunciados El Español y El Pabellón Nacional.

El Sr. Alonso Martínez que asistió el sábado á la sesión del Congreso, fué ayer domingo á Aranjuez en compañía de sus antiguos compañeros de ministerio.

Por haberse detenido en la estación de Santa Paula ayer mañana el tren en que iban los ministros á Aranjuez, los viajeros se alarmaron creyendo que ocurría alguna novedad. Parece que el motivo de la detención fué el tener que subir al tren nuevos viajeros que esperaban en aquella estación.

La Epoca rectifica la noticia dada por La Discusión de que el general Narvaez había estado en Aranjuez.

Grave noticia! Dice un periódico que se trata de activar el proyecto de construir el ferro-carril proyectado de Alicante á Murcia.

El cónsul de España en Marsella, con fecha 9 del corriente, comunica telegráficamente al ministerio de Ultramar un parte del gobernador superior civil de las islas Filipinas, en el cual esta autoridad participa que á la fecha de 22 de Abril último no ocurría novedad en el territorio de su mando.

Los periódicos de oposición decían el sábado que era cosa decidida el nombramiento de treinta senadores, y hasta citaban los nombres de los agraciados. El Diario Español, sin embargo, niega ayer el hecho y culpa de haber corrido con insistencia esta noticia á los que asistieron á la reunión celebrada días pasados en casa del duque de Valencia, los cuales, según el periódico unionista, se han entretenido en circular tales rumores.

Sea de todo lo que quiera, es lo cierto que ayer no se habló en el Consejo celebrado en Aranjuez de este asunto, ya fuese porque los ministros no habían pensado en ello, ya porque no hayan creído prudente exponerse á una negativa por parte de la Reina.

En el Consejo de ministros celebrado ayer en Aranjuez se acordó conceder algunas cruces y otras recompensas á los marinos del Pacífico: entre estas se cuenta el ascenso al brigadier Mendez Nuñez y á dos comandantes.

Excusamos decir que los periódicos de oposición continúan dando noticias de crisis, que son desmentidas al día siguiente por los diarios ministeriales. Esto es el pan de cada día de los españoles.

En prueba de que el pago del semestre de la Deuda está asegurado, dice La Correspondencia que quien más perdería si no lo estuviese sería el Gobierno, que daría el primer ejemplo de no pagar.

Este ejemplo ya lo ha dado el Gobierno: de consiguiente, por este lado poco tiene que perder el Gabinete O'Donnell.

Leemos en La Correspondencia: La cuestión de las economías que hayan de introducirse en el personal de la Capilla Real no se harán hasta que la corte regrese de Aranjuez. En

tónces se tratará también de las que se hagan en el heredamiento del Real Sitio.

Cree El Contribuyente que entre las varias economías que se propone hacer el Gobierno, una vez que sea aprobado el proyecto de autorizaciones, parece que se cuenta la de suprimir la quinta parte de los empleados de las dependencias del Estado, con arreglo á la clase y sueldo.

Veremos.

Dice El Espíritu Público: Parece que el Sr. Cánovas del Castillo piensa, respecto á la protección que demandan las empresas ferro-carrileras, como pensaba el Sr. Alonso Martínez. Esto templará á un grupo de doce senadores descontentos de la situación que parece que les falta lo que á Pedro el Apóstol le faltaba hasta que cantó el gallo.

Poco nos importa el efecto que pueda causar en esos senadores la opinión del Sr. Cánovas del Castillo: lo que sentimos en el alma es que este señor ministro piense en materia de ferro-carriles, como su predecesor.

Dice El Diario Español: Por indicación del señor ministro interino de Hacienda, según nuestras noticias, se ha redactado de nuevo la parte del proyecto de autorizaciones que se refiere á la emisión de títulos de 3 por 100. La mitad de la emisión, ó sean 600 millones efectivos han de darse en garantía á la Caja de depósitos, y por consiguiente no saldrán al mercado. 200 millones se destinan á cubrir los descubiertos que tienen las cajas de Ultramar y serán negociados en gran parte en la isla de Cuba, donde está autorizado el pago de los intereses y de donde ciertamente no vendrán á pesar sobre las plazas mercantiles de la Península. Queda, pues, reducida de hecho la emisión á 400 millones que tendrán fácil colocación en los mercados extranjeros, á poco que mejoren las circunstancias generales de Europa.

Se nos figura que esta nueva redacción de que nos habla El Diario, ó no significa nada, ó es una retirada encubierta del Gobierno que por boca del general O'Donnell dijo, contestando al conde de San Luis, que si el Sr. Alonso Martínez había salido del Gabinete, no sacrificaría nunca proyectos de ley aprobados en Consejo de ministros.

Dice un periódico: Conocemos y hemos visto á alguno que se levanta en el Congreso á saludar afectuosamente al señor conde de San Luis cuando termina sus discursos, y sale de aquel local para llamarle en la prensa polaca con aire de desden, y á negarle sus cualidades oratorias y sus talentos.

¡Qué miseria y qué pequeñez! Nosotros conocemos nada menos que á un presidente del Consejo de ministros que en el salón de conferencias ha dicho que ni á su padre votaba la autorización para el arreglo de los cupones, y sin embargo todos los días pide con mucha necesidad esa misma autorización á los diputados de la mayoría.

La Gaceta ha publicado ayer y hoy los presupuestos de la isla de Cuba y de Filipinas. Su mucha extensión nos impide el insertarlos en nuestro periódico.

El descuento que desde 1.º de Julio se ha de hacer á los empleados con excepción del Clero secular y regular, de los cuerpos armados del ejército y de la marina hasta la clase de coronel inclusive, de las maestranzas, de los individuos del resguardo, y de los haberes por sueldo y sobresueldo que no pasen de 2,400 escudos, es el siguiente:

En Cuba: Desde 2,401 escudos á 5,599, el 12 por 100. Desde 5,600 á 6,999, el 14 por 100. Desde 7,000 á 9,999, el 16 por 100. Desde 10,000 á 14,999, el 18 por 100. Desde 15,000 á 19,999, el 20 por 100. Desde 20,000 hasta 99,000, el 22 por 100. Desde 100,000 en adelante, el 25 por 100.

En Filipinas: Desde 2,001 escudos á 5,499, el 12 por 100. Desde 5,500 á 6,999, el 14 por 100. Desde 7,000 á 9,999, el 16 por 100. Desde 10,000 á 14,999, el 18 por 100. Desde 15,000 á 19,999, el 20 por 100. Desde 20,000 hasta 99,000, el 22 por 100. Desde 100,000 en adelante, el 25 por 100.

Nota de la recaudación obtenida por timbre de periódicos políticos para la Península, correspondiente al mes de Mayo último:

Escudos.	
4,080	La Correspondencia
611-800	La Iberia
554-200	La Esperanza
528	Las Novedades
415-200	La Regeneración
400	La Soberanía Nacional
562-600	El Pensamiento Español
512	El Cascael
200	La Democracia
236-800	La Política
220	La Epoca
180	El Pueblo
160	La Nación
455-200	La Discusión
444-744	El Eco del País
455-800	El Diario Español
452	La Lealtad
428	El Español
421-600	La Reforma
80	El Pabellón Nacional
72-600	El Reino
63	El Contribuyente
60	El Jeremías
60	La España
50	La Patria
50	La Salud Pública
52	El Gil Blas
4	La América
5	El Centinela del Ejército
6,604-144	

Acordada por el Gobierno la erección de un monumento dedicado á honrar la memoria del insigne maestro Fr. Luis de León, el cual ha de costearse con el producto de la suscripción nacional verificada al efecto, y aprobadas por la dirección general de instrucción pública las bases para el concurso que ha de celebrarse con este objeto

ante la Real Academia de Nobles Artes, se anuncia al público el mencionado certamen que se verificará con sujeción al siguiente programa:

Artículo 1.º Se abre concurso entre los artistas españoles para la ejecución de un monumento que ha de erigirse en Salamanca a la memoria de fray Luis de León, el cual consistirá en una estatua de bronce de dos metros y 60 centímetros de altura, colocada sobre el correspondiente pedestal y circundada de un cerramiento de verja baja.

Art. 2.º El premio del concurso consistirá en la ejecución y dirección de la obra. Se adjudicará además un *accessit* de 1.000 escudos al autor del proyecto que mas se aproxime al que obtenga el premio.

Art. 3.º Las obras que se presenten para ser juzgadas consistirán en el modelo de pedestal y estatua, y se entregarán en la Academia de San Fernando dentro del término de cuatro meses, a contar desde la fecha de la publicación del presente anuncio en la Gaceta.

Art. 4.º Los modelos que se presenten, comprendidos pedestal y estatua, serán de un metro y 50 centímetros de altura.

Art. 5.º El pedestal deberá decorarse de manera que esté en armonía con el gusto arquitectónico de la época en que floreció el personaje a quien se dedica el monumento. (Mediados del siglo XVI.)

Art. 6.º El artista premiado, y que en tal concepto es el encargado de la ejecución y dirección de la obra, se entenderá con la comisión o junta directiva para todo lo material y económico de la ejecución.

Art. 7.º El autor del modelo premiado ejecutará después el otro modelo en su tamaño total, que ha de servir para la fundición, el cual, antes de verificarse esta, deberá someterse a la aprobación de la Real Academia de San Fernando.

Art. 8.º Todas las partes que constituyen este monumento serán, en cuanto sea posible, ejecutadas en España.

Art. 9.º Las obras que se presenten al concurso vendrán acompañadas de un pliego cerrado con un lema igual al que tenga la obra, y dentro el nombre y señas del domicilio de su autor. Se acompañará además por separado, y en pliego abierto, marcado con el mismo lema, un presupuesto detallado del coste total de la obra, que comprenderá la ejecución, valor de materiales, fundición, portes, cimientos, colocación, inscripciones que pudiera llevar, verja y demás gastos que ocurran hasta su completa terminación, a fin de que el tribunal tenga también en cuenta estas partidas, que no deberán exceder en su totalidad de 24.000 escudos, comprendiendo el premio y *accessit*.

Art. 10. Los modelos que sean presentados al concurso y no reúnan todas las condiciones expuestas, no serán admitidos ni tomados en consideración.

Art. 11. Si sucediese que se aprobase la estatua de uno de los proyectos y el pedestal de otro, se distribuirá el premio entre los autores de ambos, encargándose el autor de la estatua de la ejecución y dirección de la estatua, y el autor del pedestal de la ejecución y dirección del pedestal.

Art. 12. Si no se adjudicase premio a ningún proyecto completo, o se premiase una estatua y ningún pedestal, o fuese premiado un pedestal y ninguna estatua, se sacará nuevamente a concurso todo el monumento en el primer caso, el pedestal en el segundo y la estatua en el tercero.

Nota. En la biblioteca de la Academia se manifestará a los artistas que lo deseen el retrato que se cree más auténtico del maestro Fr. Luis de León.

Aconsejamos a los señores regidores de delegados de policía sanitaria examinen con detención y frecuentemente las frutas, verduras y leches que se expendan en los mercados y ambulancias de la capital, pues según hemos podido observar, las frutas y verduras están sin sazón o pasadas, y la leche tan sumamente adulterada, que más es producto químico que natural. La estación en que entramos es la menos a propósito para vivir descuidados, y más oportuna para castigar severamente a los que tan inhumanamente atentan contra la salud pública en beneficio de intereses individuales.

En el instituto del Noviciado han terminado los exámenes de fin de curso. Hoy han empezado los de los alumnos que han cursado en los colegios incorporados al mismo.

Se ha dispuesto de Real orden que se convoque a oposiciones con objeto de cubrir las plazas de segundos ayudantes médicos que hay vacantes en el cuerpo de Sanidad militar. Se admiten solicitudes hasta el día 6 de Julio próximo, empezando los ejercicios el día 9 del mismo mes.

La inauguración de las dos fuentes que se han construido en el jardín de la Plaza Mayor, parece está designada para la próxima verbena de San Juan.

CORTES.

SENADO.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR DUQUE DE LA TORRE.
Extracto de la sesión celebrada el día 9 de Junio de 1866.

La sesión ha sido muy corta. Abierta a las dos y después de aprobarse el acta de la anterior, fueron también aprobados dos proyectos de ley sin discusión.

Dióse lectura de la proposición presentada por el Sr. O'Connell pidiendo que el Senado censurase la vuelta al cuerpo de Estado Mayor general a un coronel de plazas.

Y el señor presidente anunció que se avisaría al domicilio para la próxima sesión, levantando la de hoy, siendo las dos y cuarto.

CONGRESO.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR RÍOS ROSAS.
Extracto de la sesión celebrada el día 9 de Junio de 1866.

Abierta a la una y leída el acta de la anterior, fué aprobada.

Entrando en el orden del día continuó la discusión pendiente sobre el proyecto de ley de autorizaciones.

Se leyó la enmienda que habían presentado el Sr. Belda y otros diputados y no habiendo quien pidiera la palabra para apoyarla, el Congreso no la tomó en consideración.

El Sr. TORRECILLA apoyó la que había presentado condenando dicho proyecto porque en su concepto el Gobierno no merecía confianza para que se le diesen los amplios poderes que pedía.

El Sr. TERREROS dijo que al ceder la palabra para defender la enmienda que había presentado al señor conde de San Luis, en manera alguna podía entenderse que había comunidad de opiniones entre dicho señor conde y el, pues al combatir ambos al Gobierno lo hacían bajo distinto punto de vista político.

El Sr. AURIOLAS, como de la comisión, contestó a los cargos que había dirigido el Sr. Torrecilla con motivo del proyecto de ley que se discute.

El Sr. Torrecilla rectificó.

El Congreso desechó su enmienda.

El Sr. ESTRADA apoyó brevemente la enmienda siguiente:

«Los diputados que suscriben piden al Congreso que en la segunda parte del párrafo sexto del proyecto de ley de autorización, donde dice: «descubiertos de anteriores presupuestos», se intercalen seguidamente las palabras «de la Península y Ultramar».

El Sr. BERNAR, a nombre de la comisión, dijo que esta aceptaba la enmienda.

El Congreso la tomó en consideración.

Se puso a discusión la enmienda, para cuyo apoyo había cedido la palabra el Sr. Terreros al conde de San Luis.

El señor conde de SAN LUIS empezó diciendo que tenía entendido que la mayoría quería obligarle a que se circunscribiera a los límites del reglamento, y si esto era verdad, renunciaba a la palabra.

El Sr. PRESIDENTE le manifestó que siendo su deber observar y hacer observar el reglamento, y que atendida la posición especial del conde de San Luis y sus derechos como diputado, ni ninguna de las fracciones de la Cámara ni él le coartarían en sus facultades.

El Sr. POSADA HERRERA manifestó que quien dirigía la discusión era el presidente del Congreso, y que ni el Gobierno ni la mayoría, que habían dado una amplitud grandísima a este debate, observarían distinta conducta respecto al conde de San Luis, con el precisamente menos que con nadie.

El señor conde de SAN LUIS: Al asistir a estos debates, al ver su prolongación, al tomar parte en ellos, me he persuadido de que en política, más que en nada, la verdad suele ser inverosímil. Inverosímil es, en efecto, la tenacidad con que este Gobierno se obstina en serlo y en sostener medidas que la opinión unánimemente rechaza, que sus mismos amigos maldecen, y que, aprobadas, sobrevendrían terribles catástrofes después de terribles convulsiones.

¡Oh! si las palpitaciones de mi patriotismo no fueran infinitamente más fuertes que las de mi amor propio, ¡con qué placer no vería yo realizarse cuanto os he pronosticado, no ha mucho, señores diputados! Yo os dije que no teníamos Gobierno representativo; que la contradicción, la hipocresía, la amenaza y la fuerza, bases de la política vicalvarista, os llevaría por rumbos desconocidos a donde nadie había ido: acaso tacharías de erróneos mis juicios, de exagerados mis temores, de absurdos mis vaticinios. Desgraciadamente para todos, yo no podía equivocarme, como nadie equivoca la luz del día con las tinieblas de la noche.

Y os protesto de nuevo que mi pena es tan grande como sincera por el espectáculo que el Gobierno español está dando. Tomo parte en esta discusión contra todo el torrente de mi voluntad. Lo he hecho lo más tarde que me ha sido posible, en la esperanza, de que retrocediese el Gobierno ante el abismo. Perdida esa esperanza, voy a entrar en el debate, esperando que no voteis lo que os os pide, porque esa política es una sugestión del despecho, nacido a su vez de la impotencia. No está inspirada por una gran necesidad, sino por una serie de desastres que no quieren reconocerse ni que nosotros los reconozcamos.

Yo que os disculpo de que diésteis vuestro apoyo a lo que sagazmente encubrían sus miras, no podría disculparos, ni el país conmigo, después de haber arrojado con ira el antifaz que los desfiguraba.

Antes se os pedía vuestra cooperación para medidas que aunque no formasen un sistema, eran al fin constitucionales, y con ellas se os prometía la conservación del orden, el desenvolvimiento de la prosperidad pública, el afianzamiento de las instituciones, la regularidad, la economía, la recta administración. Ahora se os pide todo, lo que deis todo; con estas mismas palabras se os ha propuesto.

¿Y en cambio de qué bienes, de qué ventajas se os pide tan imposible sacrificio? Al derramar la vista de vuestra inteligencia por todos los horizontes de esas cuestiones morales y materiales, os dais respuesta. Ocasión habrá de recordar el estado de las cosas públicas en el curso de mi peroración.

Entretanto, hasta el más obsecado de vosotros lo habrá conocido ya. Aquí no hay más política que la de una rebajada dictadura. Política personal, caprichosa, obstinada en conservar el poder a toda costa. *Omnia pro dominatione*.

Esta política, cuando se planteó en sus períodos en contradicción e hipocresía, era tratada por amigos y adversarios con cierto desden. Al calificárla se la aplicaba más bien el sarcasmo y hasta el epigrama. Sus autores, sus auxiliares y hasta sus impugnadores solían reírse de la gracia, aunque algunas de sus evoluciones destilasen sangre y fueran otras repugnantes.

En sus períodos de amenaza y de fuerza se ha invocado, unas veces que la suprema ley de la necesidad, otras, que ha sucedido la responsabilidad, resultando, pues, que las amenazas escritas nadie las ha escrito, como resultará cuando convenga que las palabras aquí pronunciadas pidiéndolo todo para el general O'Donnell, y contra las cuales nadie ha protestado, no afectan ni comprometen a nada ni a nadie.

Pues bien; esas contradicciones que han sido calificadas con la sonrisa; esa habilidosa hipocresía; esas amenazas y esos alardes de fuerza, tirando la piedra y escondiendo la mano, son las dictaduras como la que hoy se os pide.

Y no la dictadura grande, salvadora, que surge de las entrañas de una sociedad necesitada de ellas, sino una dictadura raquítica como planta criada en estufa al calor de pequeñas ambiciones de mando, sin prestigio y de efímero poder.

Los hábitos y las empresas del duque de Tetuan lo llevan a la arbitrariedad. Como ha conseguido que durante algún tiempo todo se le someta, insensiblemente se va a lo arbitrario.

Procuraré demostraros la exactitud de las anteriores aseveraciones que, como veis, son hoy el tema de mi discurso.

Es indudable que la idea que ha hecho formar de sí la Unión liberal es ser una transacción, un término medio entre los partidos.

Pero en la contestación al último discurso de la Corona demostré yo, y ahora se ha corroborado en todos los discursos, que el vicalvarismo, en oposi-

ción a un Gobierno moderado, se puso decididamente al lado de los progresistas y demócratas. Si el Gobierno no hubiese sido moderado, el vicalvarismo habría seguido distinto rumbo.

Pero concentrándose al último período, es indudable que la posición liberal que tomó la Unión liberal, fueron sus títulos para volver al mando. ¿Cuáles fueron los efectos de estas medidas? Los contrarios que ellos creyeron e hicieron creer en todas las regiones. Los progresistas se exasperaron más y más, porque al ver ejecutar sus medidas, eran rechazadas sus personas como partido.

El deber de una administración así derrotada en la base de su política, era retirarse; pero no lo hizo, y estalló la insurrección militar.

¿La venció? El marqués de los Castillejos y sus parciales habrían sido vencidos, si en vez de un contratiempo ó un desengaño, hubiesen sufrido un escarmiento.

¿La ha dominado? ¿Ha estirpado el espíritu revolucionario en el ejército? ¿Puede hacerlo? (Su señoría lee un artículo de *El Comercio de Cádiz*, en que se dice que el duque de Tetuan no puede, por sus antecedentes, estirpar el germen revolucionario en el ejército.)

¡Ilago mío el juicio de este sensato periódico de la ilustrada Cádiz; y añado, que cuando no hubo un hombre armado contra el Gobierno de España, debió retirarse el duque de Tetuan.

Lejos de eso, apela a toda clase de medidas reaccionarias. El despecho, que empezó a germinar no saliendo los progresistas del retraimiento, se exaspera con la insurrección, y llega a su colmo cuando no se declaran vencidos.

Aquí viene el gran argumento de que todo Gobierno tiene derecho a defenderse. Es cierto; pero el general O'Donnell equivoca dos cosas muy distintas. Confunde el Gobierno, y la persona que desempeña el Gobierno.

El Gobierno tiene derecho a defenderse; pero el ministro tiene el deber de ser consecuente con sus principios y sus compromisos.

En el momento de ser atacado a mano armada, se rechaza la fuerza con la fuerza; pero cuando hay que apelar a las leyes y a otras medidas de Gobierno, no tiene fuerza moral el hombre público que apela a esos medios fuera de sus principios.

Por eso, cuando desde la ley electoral y reconocimiento de Italia, se viene a parar a las leyes de imprenta y de reuniones, el hombre que así obra, se ve abandonado de los suyos, atacado por furor por los contrarios, y cae muerto, estenuado de fatiga y de cansancio, después de revolverse contra todo y contra todos.

Ese hombre comete además una usurpación, un acto que no quiero calificar, pero que calificareis vosotros, recordando un suceso que ocurrió hace poco y que os impresionó vivamente. Una nave española surcaba tranquilamente las aguas del Pacífico. Otra nave, llevando desplegada al viento la bandera de una nación amiga, se dirige hacia ella, y cuando ya la defensa es imposible, cambia su bandera y hace prisioneros a nuestros conflagrados marinos, víctimas de tan inicua asechanza. ¡Plegue a Dios que rescatemos la nave y a nuestros hermanos! pero la gloria de tan indigna hazaña no se la disputaremos jamás a los chilenos.

No preguntes después de lo que estáis haciendo qué motivos existen de desasosiego. ¡Ah! Puede no haber razón para trastornar la sociedad, pero no basta esto. Ha dejado de estimarse la virtud de la consecuencia: las contradicciones de los ministros quitan el carácter de formalidad, de respetabilidad a la gobernación del Estado, y los revoltosos dicen: Si los ministros violan los preceptos de la moral política en pro de los que mandan, rasguemos nosotros el código de nuestros deberes en pro de los que obedecen.

Terrible situación es aquella en que impera la ley feroz de las represalias. Yo no me pongo ni un momento del lado de la sublevación; pero vosotros antes que colocaros en esta situación, debisteis mil veces dejar el poder y no ensalzar ya tarde el sistema de resistencia.

Tarde habéis conocido que la vigilancia que da tranquilidad y seguridad a los ánimos, evita la represión que irrita y exaspera.

Al venir a este sistema, que no es el vuestro, os ha faltado la fuerza moral y los auxiliares. En tan larga peregrinación, unos se han cansado antes, otros después: todos os cansareis al fin. Entre tanto habéis llegado al período de las complicaciones.

En el terreno político, el abandono de tantos asuntos importantes os coloca en una posición crítica: no tenéis verdadera mayoría. Al mismo tiempo se descubre que la gangrena ha corrido el ejército hasta un punto que espanta.

Como de esto sabe más que yo el general O'Donnell, nada diré. En la Hacienda! Habéis presentado tarde los presupuestos, poniendo un sobrante en Ultramar que no se conseguirá como no se haga también allí alguna operación de crédito, y no figurando para nada los gastos del Pacífico.

¿Qué os parece la confección de los presupuestos, que es tal que el Gobierno os promete hacer en ellos muchas economías? ¿Habéis olvidado el célebre contrato con el *Crédit foncier* en que para 13 millones de francos se han hecho 14 escrituras y se han sacado por primera vez de España las garantías? ¿Habéis olvidado la venta ilegal de los billetes hipotecarios para obtener una pequeña suma? ¿Ah señores, qué habierais dicho si esos actos hubieran tenido lugar en otra administración! Vosotros que tan perseverantes sois en dirigir vuestros cargos, ¿qué no habierais dicho a otros Gobiernos que hubieran hecho eso?

Pero vosotros dirigis cargos a los demás; nunca dais contestación a los que se os dirigen. Siempre decís que la historia nos juzgará, ó si acaso respondéis con recriminaciones; pero no decís vosotros que habéis venido a ser los rededores de esta sociedad perturbada por nosotros? Pues si confesáis que sois tan malos como hemos sido los moderados y los progresistas, ¿qué razón de ser tenéis? Además, ¿de dónde venís? Exceptuando un corto número de jóvenes, todos venís del partido moderado, del absolutista, del progresista, del democrático; en ellos habéis militado y habéis tenido gran responsabilidad en sus actos; ¿cómo, pues, les haceis ahora tales cargos por ellos?

¿No comprendéis que esos cargos os lo dirigís a

vosotros mismos? ¿No comprendéis que os sucede lo que a un querido amigo mío, que se separó del partido moderado y se fué al progresista, y que poco después, en 1850, decía: «yo llevo siete años de martirio: cuando en esos siete años había sido subsecretario, ministro, gran cruz y todo muy merecido? Pues mucho mas hace el señor duque de Tetuan al hablar de lo que se hizo en el bienio, cuando era S. S. quien mandaba en realidad».

Solo al duque de Tetuan se le ocurre pedir la dictadura en el ocase de su poder y de su fortuna, después de sucesos desgraciados en el ejército y en medio de una derrota risible y grotesca en las cuestiones económicas. Solo al duque de Tetuan se le ocurre decir que todo está perdido a los tres meses de decir que todo era bienandanza.

Hace pocos días he querido yo pedir aquí explicaciones acerca de la salida del señor ministro de Hacienda; pero como existe una especie de repulsi6n a discutir los actos del Gobierno que el país puede y debe saber, no solo se me escatimó el derecho por un señor vicepresidente, sino que el señor duque de Tetuan se levantó a increparme porque yo atacaba la régia prerogativa. Pues una docena de palabras del Sr. Bermudez de Castro, me van a servir de argumento tambien contra S. S. Con motivo de la crisis nacida en el ministerio del duque de Valencia, se habló de algunas interioridades de la régia Cámara y habiéndose quejado el Gabinete de que se trajeran a discusión, decía el señor Bermudez de Castro, ardientísimo liberal entonces.

(S. S. lee un discurso del Sr. Bermudez de Castro, en que dice que en Inglaterra los ministros se anticipan a dar explicaciones sobre la crisis, y presentan hasta las cartas particulares de la Reina sobre estos asuntos).

Pues en España no se le puede permitir a un diputado que pregunte a un Gobierno por qué se ha quedado sin ministro de Hacienda, porque se ataca la régia prerogativa que aquí no se ha atacado nunca.

Pero yo tengo que insistir en este punto. ¿Por qué ha salido el Sr. Alonso Martínez del Gobierno? El señor duque de Tetuan dijo que porque estaba enfermo; algunos de los que oyeron a S. S., se rieron, y S. S. se indignó interpretando esas risas en contra del Sr. Alonso Martínez. S. S. se equivocó; nadie se reía de las dolencias del Sr. Alonso Martínez, sino de que S. S. con toda su autoridad no dijera que era esa la causa, y se figurase que el país iba a tomar en serio que el Sr. Alonso Martínez estaba enfermo y llegaba a desvariar por la noche.

Esto no es posible; el Sr. Alonso Martínez aquella tarde estaba paseando en la Fuente Castellana, y si su enfermedad era ligera, podía haber continuado en el ministerio, como hemos continuado todos en ocasiones semejantes.

Yo mismo he estado enfermo algunos días, y tal vez a esto se debe que pudieran tener lugar ciertos sucesos. Sin duda la enfermedad del señor Alonso Martínez es una indigestión de autorizaciones; pero de ese manjar han comido tambien los demás señores ministros que no han salido del Gabinete; yo deseo saber cuál es la verdadera causa de esa salida, porque mi razón se resiste a creer que sea la que se alega: de salud. Un hombre de honor como el Sr. Alonso Martínez, si se hubiera visto calurosamente apoyado por sus compañeros, hubiera continuado en ese banco, y hubiera sabido morir en él si era preciso.

Y para que no falten anomalías, en medio de esta discusión económica no hay ministro de Hacienda y se señala para esa cartera, cuando concluya esta discusión, a una persona que tiene las ideas más opuestas a todos los proyectos que se han presentado en Hacienda.

Ved, pues, que si se han concedido algunas veces votos de confianza a los Gobiernos para salvar la sociedad de un gran peligro, es la primera vez que se ha pedido para perturbarla en todas sus esferas.

Y para estas perturbaciones gasta sus cualidades de carácter el duque de Tetuan. En ellas gasta su tenacidad, y para ella os pide poderes discrecionales, anunciando propósitos de sangre y exterminio. ¿Por qué ama esa inmensa responsabilidad? ¿Quién se lo exige? ¿Quién lo impele hasta personalizar y lanzar ese reto?

Basta de sangre. Su señoría sin ser sanguinario ha tenido que derramar la sangre de todos los partidos, de soldados y de paisanos; ¿por qué arroja todavía guantes? No, basta de sangre cuando se pueden obtener soluciones pacíficas.

En los delitos colectivos, y sobre todo en los políticos, el legislador y el Gobierno, pero este sobre todo, no deben procurar más que evitar su repetición, y que se produzca el escarmiento. Es menester, pues, ser muy parcos en el derramamiento de la sangre de esos a quienes S. S. llamaba con razón instrumentos, cuando no se puede castigar a la cabeza ó al corazón que dan el impulso. Yo no censuro a S. S. por lo que se ha hecho; pero creo que la noble institución de la Guardia civil hubiera hecho muy bien si hubiera llegado a los pies del Trono con sus piadosas peticiones, y que lejos de oponerse a la régia prerogativa, el señor duque de Tetuan debió procurar que S. M. la ejerciese, y que hubiera mandado al mismo hijo de sus entrañas, sargento tambien del ejército, a que hubiera penetrado en el cuadro fatal llevando la vida en los mismos umbrales de la muerte, a aquellos desgraciados, que sólo eran instrumentos. (El Sr. Navarro.—Y el año 1843?)

En el año 48 no se derramó una sola gota de sangre después del 26 de Marzo; en ese año, en la Puerta del Sol, vi tomar las barricadas y traer presas a una porción de personas con los labios negros de morder el cartucho, y los oculté en los sótanos del ministerio de la Gobernación; y yo mismo tuve luego a 17 escondidos, dándoles albergo y cama en mi propia casa, a que se habían acogido como asilo.

A poco de aquellos sucesos, se dictó una disposición por la cual ni uno solo de los condenados a muerte sufrió la última pena, y esto en medio de aquellas terribles circunstancias que no tienen que ver con las raquíticas de ahora. Es claro que se enviaron a Filipinas; pero yo presenté a las Cortes la lista de los que fueron: ¿por qué no viene ahora la lista de los que el señor duque de Tetuan envía ahora, sin duda con tanta razón como yo

mandé al Sr. Hazanas, que nos ha dicho aquí que fué con justo motivo?

Poco después estalló una revolución militar, y cogido todo el regimiento sublevado solo se fusionaron cinco de sus individuos. ¿No se hizo luego en 1854 prisionero de guerra al coronel Garrigó, sublevado al frente de su regimiento de Farnesio? Pues tambien se le perdonó. Pero en esta cita que haceis, tenéis el sistema que antes os indicaba: ¿y vosotros? Además, ¿le parecería bien al señor duque de Tetuan que yo le contara los individuos de la mayoría que son responsables de aquellos sucesos? ¿Le he hecho yo cargo a S. S. por el fusilamiento de un general que era muy amigo mío? No; pero creo, sin embargo, que en los últimos sucesos hubiera hecho S. S. muy bien en no oponerse a la régia prerogativa al hacer lo que S. S. creía un escarmiento.

Y al decir esto, tengo que reparar una injusticia del señor fiscal de imprenta. El señor duque de Tetuan dijo el otro día que nadie había pedido por los sargentos, como se había pedido por el capitán: y yo creo que S. S. con esto, no trató de ofender al pueblo de Madrid.

Pero un periódico rectificó las palabras de su señoría, porque lo creyó conveniente, y no se le dejó publicar la rectificación, en la que se decía que los sargentos fueron sentenciados por la noche a las once, y pasados por las armas al salir el sol, sin que nadie se hubiera apercibido de ello, ni aun las familias de las víctimas. Pues bien; esto, que no hace daño ninguno al Gobierno, y que defiende al pueblo de Madrid de la acusación de veleidoso, cuando menos, que se le había arrojado, ¿por qué no ha de dejarse que se publique? Yo repito al señor duque de Tetuan, que si la inmensa muchedumbre que llenaba los alrededores de Madrid el día de la ejecución del capitán Espinosa, hubiese visto llegar el perdon, se habría trasladado con la población entera a las puertas del palacio régio a victorear a quien así sabía hacer uso de su gran prerogativa. ¿No habría sido así más provechoso el efecto producido en el pueblo y el ejército?

Dicho esto, concluí manifestando al señor duque de Tetuan, que yo soy, y me alegraría que su señoría fuera tambien, de la opinión del general Longa, que habiendo vencido a los rebeldes de Cataluña, los trató con blandura; el conde España no aprobó esta conducta, por lo cual le replicó el general Longa: «Si yo fuera capitán general en Francia, puede que pensara como Vd. He concluido con el señor duque de Tetuan».

A vosotros os pido de nuevo que no voteis el proyecto, porque es el poder discrecional. Esto es aborrecible por los desastres que causa al pueblo, pero lo es mucho más, porque su ejercicio revela el envilecimiento de las naciones.

No contribuyais a ese envilecimiento, y conservad, por el contrario la dignidad de las Cortes españolas. La posteridad excusa las pretensiones de Octavio después de vencido Antonio; pero no ha perdonado jamás al Senado su condescendencia bochornosa, ni aun después de la batalla de Accio.

El señor ministro de ESTADO contestó al conde de San Luis, diciéndole que el objeto de su discurso había sido no discutir el proyecto de autorizaciones, sino atacar la persona del duque de Tetuan.

Refirió que el conde de San Luis había guardado por muchos años silencio, no elevando su voz hasta que había querido pasar como jefe de la fracción moderada de la Cámara, cosa de que esta no se mostraba satisfecha.

Expuso la gravedad de la situación europea en la actualidad, amenazando una guerra general, para justificar la necesidad de las precauciones que toma el Gobierno, y que pide a las Cámaras.

Dijo que si el conde San Luis aseguraba que el ministerio actual debía abandonar el poder, este juzgaba que tenía altos deberes que cumplir, mientras que la Corona ó el Parlamento no le retirasen su confianza.

Aseguró que el duque de Tetuan solo había retado a la revolución armada, cual debía hacerlo, y no a ninguno de los partidos legales.

Sobre la cuestión de Hacienda dijo que el estado de esta no era malo, sino que por un conjunto de circunstancias especiales tenía que adquirirse al crédito, y para ello el Gobierno no quiere apelar a reales decretos, como hacían los moderados, sino que acude a pedir autorización a las Cortes, siendo estas árbitras de conceder ó negar.

El señor ministro terminó diciendo a la mayoría que si abrigaba alguna duda respecto a la necesidad de las autorizaciones, que no las votaran, y a los hombres de la oposición que si creían que se podía gobernar sin ninguna autorización en los momentos actuales, que lo ligan en alta voz, pues el Gobierno en tal caso aconsejará a S. M. que los llame al poder.

El señor conde de SAN LUIS rectificó, y recordando las alusiones personales que le había dirigido el señor ministro de Estado, dijo que él no había querido hablar de 1854, pero que si entonces cometió algunas faltas, tambien las cometieron y no pocas las que le presentaron la batalla que él aceptó.

El Sr. BERMUDEZ DE CASTRO rectificó a su vez. El Sr. ESCOSURA, aludido por el conde de San Luis, explicó los motivos de su separación del partido moderado, a causa de la reforma constitucional de 1845, que consideró y considera como causa de grandes males.

El conde de SAN LUIS retiró la enmienda.

Se levantó la sesión.

Eran las siete.

ÚLTIMAS NOTICIAS.

El Sr. Pastor ha defendido en el Senado su voto particular sobre población rural.

El Senado ha aprobado los proyectos de ley, relativo el uno a la construcción de una corbeta, y el otro al arreglo de límites entre España y Francia.

El Sr. Casaval ha hablado esta tarde en el Congreso contra el primer artículo del proyecto de autorizaciones. El Sr. Mena y Zorrilla le ha contestado, y por haber hablado del partido progresista ha pedido la palabra el Sr. Figuerola.

DISCURSO

DEL SEÑOR DON MANUEL MARIA HERREROS SOBRE EL CAPITULO 12 DEL PRESUPUESTO DE GRACIA Y JUSTICIA RELATIVO A LAS Obligaciones eclesiásticas.

El Sr. HERREROS (D. Manuel María): Yo no sé si se ha aceptado una nueva división para someter a discusión la sección entera de esta segunda parte del presupuesto de Gracia y Justicia que comprende las Obligaciones eclesiásticas, ó si se sigue en ella como siempre por capítulos en la misma forma que se ha hecho en la sección primera.

Si la discusión versa sobre la sección entera, mis observaciones estarán en su lugar, porque no tienen por objeto petición de economías ni petición de aumentos en capítulos determinados. Pudiera tal vez haberse creído que al levantarme yo iba a pretender algún aumento en esta parte del presupuesto más bien que a pedir economías. Pero no es ni lo uno ni lo otro; y no es que yo no quiera ni solicite el que se hagan economías, sino que tengo el convencimiento de que es inútil y va siendo ya perjudicial el hablar de economías.

Se discute por las tardes el proyecto de autorizaciones al Gobierno, en el cual se comprende una parte que le autoriza a hacer las supresiones de gastos que hayan de reducir estos de tal modo que encajen en la cantidad que alcanzan los ingresos ordinarios de la Hacienda de España. Se ofrece por consiguiente, cuando este punto se toca, hacer economías en el presupuesto. Pero venimos por la noche, y unos y otros diputados proponen economías, y el Gobierno y la comisión de presupuestos, que parecen animados de los mismos deseos, se oponen a todo. Y no es lo malo que se oponen, sino que imposibilitan el que se ejecuten después.

Según vamos marchando, me pregunto a mí mismo: del Gobierno que acepta las explicaciones que se dan por unos y por otros, impugnando las pretensiones de economías, sosteniendo que no pueden hacerse, ¿qué economías podemos esperar que haga en uso de la autorización que solicita? Yo me explicaría que el Gobierno no aceptase determinadamente las que se le impusieran, porque parece que deben nacer de su iniciativa y no de la de los señores diputados; pero debería no rechazarlas tampoco, y manifestar que quedaba en libertad para obrar después según la conveniencia del Estado y con vista de los datos que tuviera.

Que se reduzcan Audiencias, por ejemplo, dice un señor diputado, que ese será el modo de economizar los gastos en el presupuesto, y en seguida el *alter ego*, ya que anoche se calificó de igual manera a otra persona que tenía idéntica representación en el año anterior, en seguida, digo, el *alter ego* del señor ministro de Gracia y Justicia se levantó a contestar que no se puede hacer eso. Desesperad ya de economías por este lado. Pueden hacerse reducciones de juzgados, se decía anoche por otro señor diputado, y se contestaba: en España es imposible reducir los juzgados; antes bien lo que hay que hacer es aumentarlos, y además dotar a los de paz. Buena manera de hacer economías! Buena manera de quedar en libertad de hacerlas, andando el tiempo y durante el ejercicio del presupuesto que estamos discutiendo, y en virtud de la autorización que se desea obtener por el Gobierno!

Por eso yo me he abstenido de proponer economías: he creído que es peligroso el tratar de ellas; al menos en cuanto parece que quitan la libertad al Gobierno para intentarlas después, y en virtud de esa misma autorización.

Al hablar de obligaciones eclesiásticas no he tenido más objeto que el de proponer al Gobierno lo mismo que hubiera propuesto siempre, con lo cual verán los señores diputados que yo no dirijo cargos por espíritu de partido. Siento no esté presente el señor ministro de Gracia y Justicia; y esperando todo de la comisión, mis observaciones serán sencillas y concretas.

En lugar de titularse la sección que estamos discutiendo *Obligaciones eclesiásticas*, pareceme a mí que estas se deberían denominar y colocar en el lugar en que se trata de las *Obligaciones generales*. Como decía el Sr. Romero Ortiz anoche, las cargas que tienen por objeto satisfacer los gastos del culto y del Clero en España no se pueden tocar, que es lo mismo que acontece con aquellas que llamamos obligaciones generales, y que están en su lugar respectivo. ¿Por qué, pues, no están allí las obligaciones eclesiásticas? Las llamadas *Obligaciones eclesiásticas*, con cierta impropiedad, porque parece denotarse que son las obligaciones de la Iglesia, cuando son las obligaciones del Estado para con la Iglesia, son en efecto obligaciones generales que por la Constitución y por nuestros concordatos pesan sobre el Estado a favor del culto y Clero ó de la Iglesia y sus ministros. Colocadas allí, tendría perfecta aplicación eso que anoche decía el Sr. Romero Ortiz: no se puede tocar a una parte del presupuesto de Gracia y Justicia, que es la que tiene por objeto satisfacer estas cargas, que son fijas, constantes, y que no provienen de la sola voluntad del ministerio, ni aun de las Cortes. Esto es lo mismo que acontece con la deuda, por ejemplo.

Pero es más: hay tanta paridad entre unas y otras obligaciones por los efectos de su pago, que sería lo más conveniente que aun en la forma viniera a reducirse a la que tienen las que acabo de citar de la deuda del Estado. ¿Qué otra cosa es, aparte de que sea una obligación de España, que otra consideración mejor puede tener ni dársele a la obligación que se refiere a las cargas de la Iglesia el mantenimiento del culto y Clero que la de una deuda del Estado? ¿Por qué vienen al presupuesto esas cantidades? Porque antes el Estado se ha apoderado de los bienes que la Iglesia tenía. Pues así como por este concepto, en virtud del último convenio con la Santa Sede, han de venir y vienen de hecho las obligaciones generales en rentas del 3 por 100 de las inscripciones, que representa el valor en la permutación de los bienes últimamente vendidos, hicierase en todo ello, y nada perdía el Estado en la cuenta, igual consolidación, digámoslo así, de los bienes enagenados anteriormente, y considerándose las rentas de las inscripciones como en verdad son el equivalente de esos bienes que la Iglesia percibiría para distri-

buirlos en la forma que tiene en esta parte el presupuesto de Gracia y Justicia. Esto llevaría a otro orden de cosas que en mi juicio conviene mucho a la Iglesia y al Estado, que era segregar al Estado de la administración de fondos de dotación del personal y del material del Clero y del culto, con lo que se evitarían ciertos inconvenientes que yo no desconozco y que no disimularé tampoco.

El presupuesto de Gracia y Justicia en esta parte, aunque el Sr. Romero Ortiz cree que no se puede tocar, se ha tocado sin embargo todos los años, y se toca fuera del Congreso por otro que no es el poder de los legisladores. De esto ha hecho a su manera y bajo su punto de vista una crítica muy severa el señor ministro la única noche que tuvimos la honra de verle en su puesto para esta discusión al hablarnos de los coadjutores. Es necesario, señores, tener en cuenta que algunos de los artículos de esta sección llamada de obligaciones eclesiásticas en el presupuesto de Gracia y Justicia se ha ido introduciendo con recto fin, con buen deseo, pero tal vez con algún desorden y trastorno en la disciplina eclesiástica. Yo recuerdo que en la legislatura de 1864, un amigo mío, el Sr. Camprodon, propuso que para jubilación de Curas párrocos, que hasta entonces en el presupuesto de Gracia y Justicia no había sido objeto de artículo ni capítulo ninguno, como una cosa corriente y llana, se destinasen 400,000 rs. Se votó así por las Cortes para poder socorrer a los pobres Curas que se inutilizaban por edad ó enfermedad y fuera preciso jubilarlos. Por primera vez se destinó en esa ocasión una cantidad con este objeto en el presupuesto de Gracia y Justicia, y de entonces acá yo no sé si crece ó mengua, ni me importa averiguarlo; solo sé que de esta manera ha venido ya una clase nueva de cargas no conocida antes y una partida más ó menos alterable en el presupuesto, según nos decía el Sr. Romero Ortiz.

Pero esta disposición, aun siendo beneficiosa al Clero, no deja de ofrecer sus inconvenientes. Los Curas párrocos, que creen encontrarse en el caso de obtener jubilación, la piden y la consiguen de la potestad Real, porque esta les da el sueldo de jubilados; y véase cómo esto es una alteración no provechosa ni conveniente en la disciplina eclesiástica.

Pues lo mismo acontece con los Coadjutores. El señor ministro de Gracia y Justicia nos hablaba la otra noche de los Coadjutores, y decía cosas, que yo creo porque las decía S. S., y porque antes de que las dijera S. S. tenía yo datos para sospechar que fueran ciertas. Nos decía S. S. que se habían creado muchas coadjutorías; que un sólo antecesor de S. S. había concedido tantas y cuantas. Pues bien, añadia: por eso mismo yo me he abstenido de establecer una sola. Ahora bien: todos conocemos que tan malo es crear muchas como no conceder ninguna; y se deja entender que en este punto, como en otros, se ha abierto no poco la puerta al favor. Curas párrocos jóvenes y en disposición de trabajar sin larga feligresía, habrá, y yo sé que hay, que tienen dos y tres Coadjutores, al paso que los hay, y los conozco también, de avanzada edad, fatigados por un trabajo perseverante, continuo, que no pueden alcanzar la concesión de un Coadjutor siquiera, y el mejor día van a caer al pie del altar rendidos por el trabajo, ó atacados de algún accidente. Y esto, ¿por qué? Porque se hacen las cosas por quien no deben hacerse, porque esto corresponde y lo ha hecho siempre la autoridad eclesiástica. Esta, cuando veía que un Párroco ó por su avanzada edad ó por sus achaques no podía continuar desempeñando sus altas y delicadas funciones, le nombraba un Coadjutor, cercenándole una parte de su asignación y asegurando la bastante al Párroco imposibilitado según las circunstancias; y además le auxiliaba echando mano de otros fondos que podían estar a disposición de la misma autoridad eclesiástica.

Pues bien, señores: déjese esto al cuidado de los que pueden conocer mejor que nadie esas necesidades y el modo de remediarlas.

¿Y qué diremos, señores, de la reparación de templos?

La reparación de templos no aparece como obligación permanente ordinaria, sino que se lleva al presupuesto extraordinario como si fuera la construcción de un camino de hierro, que una vez hecho, después ya no hay más para qué ocuparse de él. A esta obligación ó a este gasto se han destinado fondos procedentes de la desamortización, fondos que después han tenido otras aplicaciones.

Decía el señor ministro de Gracia y Justicia la otra noche, que el importe que de los expedientes aprobados para reparación de templos en el ministerio de Gracia y Justicia, resulta es de una enormidad de millones, de 80 millones. Y cuando su señoría descubría una necesidad de tanta importancia, concluía diciendo: «Yo no destino nada para esto; yo me contento con un millón de reales para atender a necesidades de 80 millones, necesidades que acusan la inminencia de la ruina de los templos; necesidades que están calculadas desde hace mucho tiempo, y que ha ido aumentando y exajerando la acción del tiempo.»

Pues señores, esto es urgente; esto es de una indispensable necesidad el atenderlo: ¿y cómo lo va a atender el Estado? Siguiendo este camino, reconozcálo el Congreso y convénzase de ello, será imposible satisfacer lo que ya exige el presupuesto eclesiástico. Continuando así, aunque no se armente un solo servidor, y aunque haya solo que cubrir las cargas ordinarias, no podrá conseguirse haciéndolo civilmente y de esa manera.

Pues ¿qué quiere este diputado? Dirán mis apreciables compañeros: Yo no quiero gravar al Estado en nada; yo quiero que el Estado pague poco más o poco menos lo que satisface hoy; pero que no lo maneje, que no lo invierta el Estado; que no sea el ministerio de Gracia y Justicia el ordenador de pagos de la Iglesia y de los Eclesiásticos; la Iglesia, como ha sabido en otro tiempo, sabrá manejar sus rentas, y los gastos que hiciera no serán una necesidad que altere nunca el presupuesto de la nación.

Yo recuerdo, señores, que cuando existían los diezmos, contra cuya abolición completa y absoluta como se decretó hubo yo de escribir algo, reuní de intento, porque fué un encargo de la uni-

versidad de que era profesor, muchos datos que me suministraron personas muy autorizadas, competentes y entendidas, que habían manejado por largo espacio de tiempo los asuntos eclesiásticos y todo lo que en España se había escrito sobre la materia, y recuerdo que no importaban tanto para la Iglesia como importa el presupuesto de hoy.

No es esto, señores, decir que los diezmos no importasen más que los 175 millones de reales a que ascienden las obligaciones eclesiásticas del ministerio de Gracia y Justicia, no; ascendían a mayor cantidad; pero como de esta se deducían tantas y tantas rentas que no eran para el Clero, sino para el Estado, y de que el Estado disponía, ó para otros partícipes de diferentes clases, como se deducían los novenos, los excusados, las tercias Reales, las vacantes, las anualidades y el subsidio eclesiástico, que era de 10 millones de reales; como se hacían aun otras deducciones de las rentas eclesiásticas, venía a resultar un líquido que si mi memoria no me es infiel, no ascendería a la cantidad que importan hoy las obligaciones eclesiásticas en el presupuesto de Gracia y Justicia. Pues entonces ese bastaba para todo. ¿Por qué? Porque sabían manejarlo; porque sabían crear sus fondos de reserva; porque sabían crear sus fondos de auxilio y de socorro, y porque como de las manos que lo habían de emplear no salía, atendían perfectamente a todos, y nadie se quejaba ni aun de los descuentos que por este motivo algunas veces tenían que sufrir. Yo he conocido, señores, edificios o reparados con obras de gran consideración en las provincias de Madrid y de Toledo, ámbas correspondientes al arzobispado del último nombre, y ahora sucede que hay pueblos de 4,000 almas en estas mismas provincias donde no se puede oír Misa porque el templo está destechado ó no existe.

¿Cuándo hubiera sucedido esto en aquel orden de cosas? Nunca. ¿Por qué? Por lo que he dicho: porque a estas necesidades ocurrían todos con un descuento que no era gravoso para ninguno, y tenía su reintegro a la larga: que eso tiene el gobierno de la Iglesia con ser permanente y eterno, y asegurar de unos para otros la manera de no perjudicarse.

Pues esto es aplicable en la misma forma a esas otras necesidades de que hablaba antes, del personal, los coadjutores y las jubilaciones, si es que la Iglesia estimase concederlas. Todo podría tal vez satisfacerse sin aumento considerable a la cantidad que hoy en realidad satisface el Estado para esas obligaciones.

Se me preguntará: ¿cómo se hará eso? Yo lo hallo muy sencillo. ¿Qué dificultades políticas, qué razón de Estado ni de Gobierno se pueden presentar que impidan el consignar la cantidad total a los diócesanos, en vez de distribuirla el Estado ó el Gobierno en su nombre? Percibían los diócesanos, si se creyera conveniente, como yo lo juzgo, por intereses de la deuda, dando así esta participación al Clero y las iglesias con los demás interesados en la conservación del crédito; en lo cual ciertamente este no perdería nada, y bajo la organización que la Iglesia misma establezca se distribuirán las dotaciones con respecto a las cantidades concordadas mientras que el estado del país no consienta aumentarla, que es la obligación contrada por el concordato. Déjesele a esos mismos diócesanos la clasificación de parroquias y demas beneficios de esta índole, la creación de coadjutorías cuando lo estimen necesario, y las jubilaciones que juzguen procedentes en algún caso, que ya he dicho que no es muy conforme con la disciplina que ha venido rigiendo siempre en las iglesias de España, dejándoles amplitud para atender al socorro de esas necesidades y a la reparación de los templos, de la manera que lo venían haciendo antes por unos fondos creados por medio de descuentos entre todos los partícipes que entonces eran de acervos decimales y que ahora serían los de las diócesis respectivas, puesto que formaría cada cual de estas un acervo común al que tendrían que acudir todos.

De esa manera se evitarían otros males que yo no disimulo, que no oculto, que lamento mucho. Los señores diputados, saben como yo que no se puede atender por el Estado las reparaciones de templos, y que cuando se atiende a algunas, es más favor, mas concesión de gracia a la posición ó a la influencia del que lo solicita, que no satisfacción de las verdaderas necesidades.

Tras de este mal que es muy grave viene otro como consecuencia de haberse tenido que organizar este servicio en la forma en que lo está, atendido su origen y su manera de ser. Este servicio está confiado a unas juntas que se llaman diócesanas de reparación de templos, por cuyo medio se tramitan los expedientes de esta naturaleza; pero luego, cuando llega el caso de la aplicación de fondos, se crean unas que se llaman juntas parroquiales. Y, señores, doloroso es saberlo y tener que decirlo: lo digo con sentimiento, si bien así espero llevar la convicción al ánimo de los señores diputados, para que se aparten estos inconvenientes y no vuelvan a repetirse en lo posible, ordenando esta parte del presupuesto de otra manera.

Acontece que hay pueblo de importancia, como por ejemplo en la provincia de Ciudad Real, que si fuera necesario le nombraría, que desde hace treinta años no tiene templo donde oigan Misa sus vecinos, a pesar de haberse librado una gran cantidad para su construcción. Esto hace muchos años, y hoy es el día en que todavía no han podido concertarse acerca del sitio en que ha de hacerse el templo, habiendo dado ocasión a que el Sr. Cisneros, gobernador que fué de la provincia, le nombró porque le honra, hiciera una visita a ese pueblo con objeto de conciliar los ánimos, para señalar el sitio donde había de construirse, y ni aun así se ha conseguido.

No hablaré de otras cosas lamentables también que ocurren con esos fondos, porque señores, habeis de saber que con esas juntas parroquiales se organizan y se componen de varias personas, unas por el cargo público que desempeñan, y otras por elección, y que en el momento en que llegan a librarse fondos de alguna cuantía para hacer las obras, entra la desconfianza del uso que podrá hacer el depositario; y se constituyen tales todos los vocales por repartimiento. De aquí luego las dificultades de encontrar local donde hacer el edificio, u otras semejantes ó peores.

Pues ninguno de estos males ocurría antes, y todo estaba arreglado con que hubiera en las diócesis un fondo destinado a estas necesidades, del cual se libraba según se iban construyendo las obras, ya fuesen de reparación ó de nueva construcción.

Vuelvo, pues, a lo que he dicho antes, a saber: que estos males, que son ciertos, tienen remedio: y si es tan sencillo como he indicado, ¿por qué no aplicarlo? No hay que hacer otra cosa que separar esta atención de la sección donde existe, y llevarla a obligaciones generales del Estado, reduciéndose allí a una cantidad determinada con conocimiento verdadero de la cuantía necesaria. Eso lo puede hacer el Gobierno oyendo a los muy reverendos Prelados de las diócesis, quienes deben administrar y dirigir la aplicación de tales fondos procedentes de esta obligación del Estado; y si para esto conviniere la creación de una junta ó dirección u otro establecimiento central, háyale según los mismos Prelados creyeron oportuno. De esta suerte ellos por sí harían la subdivisión ó distribución minuciosa de lugares y personas, y acudirían por sí solos con cabal conocimiento a todos esos encargos y necesidades.

Mientras eso llegare hemos de ver lo que hoy sucede y mucho más. Establecidos los coadjutores por Real orden, y de la manera que el señor ministro de Gracia y Justicia ha dicho que se ha hecho antes, y que S. S. piensa hacerlo, ya sea por medio de consulta al Consejo de Estado, ya sea sin ella, como lo han hecho sus antecesores, ¿será bastante la cantidad que consigna el presupuesto? No; yo sé que algunos amigos míos esperan y desean que esa cantidad se aumente, porque conocen a muchos Curas párrocos que no pueden continuar sirviendo en su ministerio si no les ayuda algún teniente Cura, como antes se llamaban, ó coadjutor como se llaman ahora.

Lo mismo sucederá respecto de las jubilaciones, así de individuos del Clero parroquial como del catedral, después de haber creado esa clase a imitación de lo civil, que nunca existió entre los individuos del Clero; porque como he dicho, antes no se conocían los jubilados y ahora se ha introducido esa moda, y hay individuos del Clero jubilados, y no sabemos si andando el tiempo tendremos también cesantes, y habrá unas clases pasivas, eclesiásticas sobre las que hay en el presupuesto, con sus dependencias y todo lo demas que las civiles tienen.

Pues todo, vuelvo a decir, tendría remedio sin gravamen para el Estado, dejando a la Iglesia la libertad que siempre tuvo de la distribución de sus rentas y sus haberes. Si después que el Estado les privó de sus diezmos y se apoderó de sus fincas, les dejara esta libertad, del mal el menos. Esta medida sería la más conforme hoy con los principios económicos y eclesiásticos.

Espero yo que se prepare esta reforma, y toda vez que este año no pueda ser, suplico al Gobierno la tenga presente para otro presupuesto.

RECTIFICACION DEL SEÑOR HERREROS.

El Sr. HERREROS (D. Manuel María): Es de admirar la manera como el Sr. Salaverria ha sabido apoderarse de aquellas palabras que convienen a la defensa de las ideas que S. S. sostiene, haciendo caso omiso de las demás. El diputado Herreros ha declarado que hay abusos; pues apoyándonos en esta declaración consignemos que el Clero abusa, y deduzcamos de aquí la necesidad de que el Gobierno intervenga más de lo que lo hace en el manejo de esos fondos. Pero he dicho también que los templos se hundían, que hay pueblos que no tienen donde sus grandes vecindarios puedan oír Misa ni la palabra de su pastor, y de esto nada dice el señor Salaverria. Si S. S. ha creído que soy en esto eco de alguien, se ha equivocado; quizá el sentimiento que estoy devorando dentro de mí es muy contrario al que S. S. presume. También se equivoca el Sr. Salaverria por yo hablo en esto en el sentido de las opiniones de ninguna fracción política ni por encargo de la que perteneczo, aunque todos piensan como yo en este asunto. Ahora no me acuerdo de que soy de fracción alguna; me acuerdo de que fui siempre moderado, y que este partido ha profesado constantemente la doctrina de la independencia de la Iglesia en sus dotaciones. No tiene presente el Sr. Salaverria cómo se marcaban las candidaturas de los moderados en los años de 41, 42 y 43 y posteriores, contrastando con otras? Pues uno de sus lemas era el de la *dotación segura é independiente de la Iglesia y sus ministros*. No es de ahora, Sr. Salaverria, el profesor yo estas opiniones, que profeso no por pertenecer a una determinada fracción, sino por un sentimiento católico que me hace lamentar ese empeño de intervenir el Estado en todo lo que concierne al Gobierno interior de la Iglesia.

Por lo demás, no crea el Sr. Salaverria que yo defiendo la administración diocesana a que ha aludido, indicando que se le daba por el Clero un nombre que prudentemente ha ocultado, y que yo menos prudente no ocultaré: *diócesanas* llamaban a las juntas creadas desde 1840; pero observe su señoría que nunca han llamado diócesanas a los Obispos, porque los Obispos en su diócesis cada cual, según las antiguas costumbres, atendían a todas las necesidades, y si pudo haber algún abuso, que no niego, nunca llegaron adonde llegan hoy, ni afectaban al Estado, ni trascendían a los demás los que pudiese haber.

Pero dice S. S. que en aquel tiempo, al paso que había Curas que estaban muy bien dotados, había otros que apenas alcanzaban 50 ducados de la renta del diezmo. Cierto, y continuaba S. S. diciendo que en general todos los individuos del Clero están hoy mejor dotados, aunque no perciban aquellas pingües rentas de lo antiguo, aludiendo a las del Arzobispo de Toledo, que tenía 3 ó 4 millones de renta cada año.

Si cree el Sr. Salaverria que yo vengo a pedir que vuelva eso, se equivoca; pero aunque no lo quiero, tampoco soy partidario de esas igualdades que parece que le gustan tanto a S. S., porque arrancan de un principio que se ha adoptado aquí y que se quiere llevar a todas partes sin conciencia, sin examen y sin conocimiento de las circunstancias particulares de cada caso. Aquí se dice: curato de entrada, 3,500 rs., por ejemplo, y lo mismo se señala esa cantidad en una comarca en que esa cantidad es bastante para vivir decentemente, como allí donde no basta para vivir, y don-

de sucede lo que en pueblos situados a las puertas de Madrid, en que esa cantidad no basta para lo más preciso para la vida.

Dejándolo pues como yo propongo a la organización y distribución de los Obispos que conocen las localidades y las circunstancias particulares de cada curato, y pueden y deben apreciar las personales de los Párrocos, se conseguiría una distribución más equitativa. La causa de que esa clasificación no sea la que corresponde, la saben todos los señores diputados: arranca de un principio que necesariamente ha tenido que traer consigo ciertas desigualdades. Se tomaron en cuenta para hacerla las condiciones relativas a la personalidad de los Párrocos, y como no pudieron apreciarse otras circunstancias tanto como aquella, hubo de resultar que donde el Párroco llevaba treinta ó cuarenta años de servicio en su clase, se consideró el curato de término, sin atender al número de vecinos que aquel curato tenía. Quedó hecho el arreglo, falleció aquel Párroco, y el curato siguió y sigue teniendo una categoría que no le correspondía, estimadas las condiciones de localidad y otras que pueden ser accidentales y pasajeras también. Por este orden hay otras cosas que sería prolijo enumerar, y que el Estado no puede ni debe tratar, sino la autoridad de los ordinarios diocesanos. Estos saben remediarlos perfectamente, porque pueden hacerlo con cabal conocimiento de causa. Sobre todo, señores, me parece que es una cosa muy obvia y muy sencilla dejar a los señores Obispos que se entiendan con su grey y con sus pastores, y no mezclarnos nosotros en eso que no entendemos. Ya veo sin embargo que esto no agrada al Sr. Salaverria, y que no puedo esperar lo que me propina y esperaba de la comisión de su presidencia, que era que se hiciera alguna indicación para que más adelante, ya que hoy no es posible hacerlo, se dirigieran las cosas por el camino que yo he indicado. De todos modos, si hoy no se puede, porque no se quiere, yo he procurado cumplir mi deber, y quizá llegue un día en que la dotación del Clero y del culto, por convencimiento de todos y en la forma que corresponde, no sea una sección del presupuesto de Gracia y Justicia, sino lo que debe ser para bien de la Iglesia y del Estado.

PARTE RELIGIOSA.

SANTOS DE HOY. San Bernabé, Apóstol.

SANTOS DE MAÑANA. San Nazario, y San Onofre, Anacoreta.

CULTOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en el oratorio del Caballero de Gracia, donde es el segundo día de la novena del Santísimo Sacramento: a las diez habrá Misa mayor con sermón, que predicará D. Diego Villalonso, y por la tarde en los ejercicios D. Cesáreo Gonzalez Llanos.

Continúan las novenas del Sagrado Corazón de Jesús en las Trinitarias y en Santa Tomás, y las de San Antonio de Pádua en Monserrat, Santa María, Santa Cruz, San Francisco, San Justo y en San Antonio del Prado.

VISITA DE LA CORTE DE MARIA.—Nuestra Señora del Pilar en Monserrat ó la del mismo Título en San Andrés.

Se reza de San Juan y San Facundo, con rito doble y color blanco.

ANUNCIOS.

MEDITACIONES DE COLOR CLARO, por un autor oscuro. Esta colección de artículos (y poesías, elegiadas por la prensa en general, cuando se publicó, se vende en las principales librerías de Madrid a 3 rs. y en provincias a 40.

La administración de EL PENSAMIENTO servirá también los pedidos que se la hagan.

BAÑOS DE LOECHES.

La temporada de estos baños principia en 15 de Junio y concluye en 15 de Setiembre. Los billetes de la diligencia que sale de Torrejón para el establecimiento se despachan en la calle de las Huertas, núm. 41, todos los días de nueve a doce por la mañana y de tres a seis por la tarde.

BANCO DE PREVISION Y SEGURIDAD.

Presidente: Excmo. señor conde del Asalto y marques de Ceballos, propietario.

Vice-presidente: D. Antonio Aparisi y Guijarro, diputado a Cortes y propietario.

Secretario: D. José de Córdova, propietario.

Director general: D. Federico de Salido y Baidés, propietario.

Director adjunto: D. José Mur y Vilanova, abogado y propietario.

Capital ingresado: rs. vn. 32.022.333.36.

Esta compañía es la única en su clase que excluye terminantemente de sus estatutos toda operación basada en el *crédito personal*: coloca su capital sobre *garantía material positiva*; interviene en sus operaciones los consejeros; liquidación mensual; admite imposiciones desde 10 rs.; beneficio abonado por término medio, 75 céntimos por 100 al mes, que equivale al 9,58 al año.

Dirección general: calle de San Agustín, 5.—(1.ª grande.)

DRAMAS ORIGINALES EN VERSO.

POR EL PRESBITERO

Don José María Leon y Domínguez.

Los dramas que anunciamos ofrecen una lectura amena, cristiana y altamente moralizadora, recreando los ánimos con las tiernas escenas que en ellos se presentan, y haciendo aborrecible el vicio y amable la virtud.

Ofrecen también la ventaja de que, sin perder por eso su interés, carecen de personas del bello sexo, lo cual permite que puedan ser representadas por niños en los colegios.

PRECIOS.

Los *Mártires patronos de Cádiz*, en tres actos. 8 reales.

El *Ángel del Puig-Cerdá*, en tres actos. 7

Dumas, ó la huida á Egipto, en dos actos. 6

Tomando los tres en 20 rs.

Los pedidos se dirigirán al autor, calle de la Compañía, núm. 8, Cádiz.

EMPRÉSTITO ROMANO

y papel del Estado.

Se compra de una y otra clase de dichos créditos en pequeñas y grandes partidas. Dirijanse a D. Manuel Moscuca, calle de la Victoria, núm. 7. escritor. 15 (Núm. 452. G. y P. 1-1)

Editor responsable: D. MANUEL DE TOMÁS

Impta. de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, Pelayo, 54.